

„Y al buen conde y la condesa  
Los mandeis ir á buscar,  
Y los torneis á sus tierras,  
Como solian estar.“

Cuando el rey aquesto oyera,  
No quiso mas escuchare;  
Aunque veia ser su nieto,  
Quiso saber la verdad,

Y supo que Don Tomillos  
Ordenó aquella maldade  
Por envidia que les tuvo  
Al ver su prosperidade.

Cuando el rey la verdad supo,  
Al buen conde hizo llamar;  
Gente de á pie y de á caballo  
Iban por le acompañar,

Y damas por la condesa,  
Como solia llevar.  
Llegando junto á Paris,  
Dentro no queria entrar,

Porque cuando dél salieron,  
Los dos fueran á jurar  
Que las puertas de Paris  
Nunca las vieran pasar.

Cuando el rey aquello supo,  
Luego mandó derribare  
Un pedazo de la cerca,  
Por do pusieran pasare,

Sin quebrar el juramento  
Que ellos fueron á jurar.  
Llévanlos á los palacios  
Con mucha solemnidad,

Y hácenles muy ricas fiestas  
Cuantos en la corte están;  
Caballeros, dueñas, damas,  
Les vienen á visitar.

Y el rey delante de todos,  
Por mayor honra les dar,  
Les dijo que habia sabido  
Como era todo maldad  
Lo que dijo Don Tomillos,  
Cuando lo hizo desterrar.

Y porque sea mas creido,  
Alli les tornó á firmar  
Todo lo que antes tenían,  
Y el gobierno general;

Y que despues de sus dias  
El reino haya de heredar  
El noble de Montesinos,  
Y así lo mandó firmar.

---

En el Cancionero está la mitad y no mas de este romance, y en la Silva ni un solo verso de él hay. No hay que extrañar ver en un cuento como es este de la edad media un yerro geográfico tan grosero como el suponer que hay una alta montaña cerca de Paris, desde la cual se ve aquella ciudad y tambien el rio Duero. **D.**

---

## 30.

*Pintura del castillo de Rosafiorida y de Rosafiorida, que en fl moraba. Como ofrece esta su amor, persona y hacienda á Montesinos.*

En Castilla está un castillo  
Qua se llama Rosafiorida;  
Al castillo llaman Rosa,  
Y á la fuente llaman Friorida.

„¿Qué es aquesto, mi Señora?  
¿Qué es esto, Rosafiorida?  
O tenedes mal de amores,  
O estais loca sandía.“

El pie tenia de oro,  
Y almenas de plata fina;  
Entre almena y almena  
Está una piedra zafira.

„Ni yo tengo mal de amores,  
Ni estoy loca sandía;  
Mas lleváesme estas cartas  
Á Francia, la bien guarnida.

Tanto relumbra de noche,  
Como el sol á medio dia.  
Dentro estaba una doncella,  
Que llaman Rosafiorida.

„Diéeslas á Montesinos,  
La cosa que mas queria;  
Dile que me venga á ver  
Para la pascua fiorida.

Siete condes la demandan,  
Tres duques de Lombardía.  
Á todos los desdeñaba,  
Tanta es su lozanía.

„Daréle yo este mi cuerpo,  
El mas lindo de Castilla,  
Si no es el de mi hermana,  
Que de fuego sea ardida.

Enamoróse de Montesinos  
De oidas, que no de vista.  
Una noche estando asi,  
Gritos da Rosafiorida.  
Oyérala un camarero,  
Que en su cámara dormia.

„Y si de mí mas quisiere,  
Yo mucho mas le daría;  
Darle he siete castillos,  
Los mejores de Castilla.“

## 31.

*En medio de conversaciones varias en la corte de Cárlo Magno se traban de razones Oliveros y Montesinos, requiriendo el primero al segundo que deje los amores de Aliarda. Reta Montesinos á Oliveros. Quiere mediar Reinaldos. Riñen al fin los dos fieramente. Dase parte del suceso al emperador, quien acude á tiempo, y poniéndolos en paz, los deja amigos, casando á Aliarda con tercera persona.*

En las salas de Paris,  
En el palacio sagrado,  
Donde está el emperador  
Con su imperial estado,

„Que no sois para servirla,  
Ni para ser su criado;  
Si no por el emperador,  
Yo os hubiera castigado.“

Tambien estaban los doce  
Que á una mesa se han juntado,  
Obispos y arzobispos,  
Y un patriarca honrado.

Montesinos, que esto oyera,  
Túvose por injuriado;  
La respuesta que le dió  
Fue como de hombre esforzado:

Despues que hubieron comido  
Y las mesas se han alzado,  
Ya se levanta la gente,  
Todos iban paseando

„Buen caballero Oliveros,  
Mucho estoy maravillado;  
Siendo hombre de buen linage,  
Siempre entre buenos criado,

Por una sala muy grande,  
Unos con otros hablando.  
Unos hablan de batallas,  
Que las han acostumbrado;

„Que vos á mí deshonrar  
Bien debia ser excusado;  
Que si tuviera yo espada,  
Como vos teneis al lado,

Otros hablan de amores,  
Los que son enamorados;  
Montesinos y Oliveros  
Mal se quieren en celado.

„Las palabras que dijistes  
Bien os hubieran costado.“  
Oliveros, que esto oyera,  
En la espada puso mano.

Con palabras injuriosas  
Oliveros ha hablado;  
Las palabras fuerón tales,  
Que desta suerte ha empezado:

Fuese para Montesinos  
Como hombre muy airado;  
Montesinos no tiene armas,  
Descendióse del palacio.

„Montesinos, Montesinos,  
¡Cuanto ha que os he rogado  
Que de amores de Aliarda  
No tuviérades cuidado!

Los ojos pñestos en el cielo,  
Juramentos iba echando  
De nunca vestir loriga,  
Ni cabalgar en caballo,

Ni comer pan en manteles,  
Ni nunca entrar en poblado,  
Y de no rapar sus barbas,  
Ni oír misas en sagrado,

Ni llamarse Montesinos,  
Hijo del conde Grimaltos,  
Hasta que venga la mengua  
Que Oliveros le ha dado.

En llegando á su posada,  
Fue muy prontamente armado;  
Pone el yelmo en su cabeza,  
Vistese un arnes tranzado.

Mandó sacar una lanza,  
Que él tenia en apartado;  
Esta lanza era muy fuerte,  
Y el hierro bien acerado.

Ya es armado Montesinos,  
Ya cabalga en su caballo;  
Las cartas que tiene escritas,  
Á un page se las ha dado,

Que las lleve á Oliveros,  
Y se las diese en su mano,  
Y le diga que lo aguarda  
Montesinos en el campo,

Armado de todas armas,  
Y el caballo encubertado.  
Ya se parte el mensagero  
Con las cartas que le ha dado.

En casa del emperador  
Á Oliveros ha hallado,  
Y con grande reverencia  
El page lo ha llamado.

Oliveros, que es discreto  
Y hombre muy bien criado,  
Apartóse con el page  
En un lugar apartado.

Preguntó lo que queria,  
O quien le habia enviado.  
El page, cuando esto oyo,  
Las cartas le hubo mostrado,

Y Oliveros, que las vido,  
Dijo que él daría recaudo.  
Ya se parte el pagecico,  
Ya se sale del palacio.

El plazo que Montesinos  
Á Oliveros hubo dado,  
Fue cuatro horas de tiempo  
Que le aguardaría en el campo;

Y si al plazo no viniese,  
Que traidor sería llamado.  
Él acudió de tal suerte,  
Que seis horas han pasado.

Tanto aguardó Montesinos,  
Que ya estaba enojado.  
Mientras que en el campo anduvo  
Á Oliveros esperando,

Vió venir un caballero,  
Que llamaban Don Reinaldos;  
De linage era su primo,  
Y en voluntad mas que hermano.

Las palabras que le dijo,  
Desta manera ha hablado.  
„Montesinos, Montesinos,  
¿Qué haceis, mi primo hermano?

„Que segun del modo os veo,  
Vos estais mal enojado;  
Alguno os desafió,  
Y vos lo estais esperando;

„Porque no siento otra cosa,  
Que os detuviese aquí armado.“  
Montesinos, que esto oyera,  
Tal respuesta le hubo dado:

„La causa que asi me halleis,  
Yo os la contaré de grado;  
Un presente hoy me trujeron,  
Y en él vino este caballo.

„Mas vos sabeis mi costumbre,  
Que si caballo me han dado,  
El primer día que á mí viene,  
Ha de ser muy bien probado.

„Y por ver que tal es este,  
He subido en él armado.“  
Don Reinaldos, que esto oyera,  
Esta respuesta le ha dado:

„Montesinos, Montesinos,  
Vuestro hablar es excusado;  
Vos á mí no me negueis,  
Por que estais desafiado.“

Montesinos, que esto vido  
Que lo sabia Don Reinaldos,  
Luego sin mas dilacion  
La verdad hubo contado.

„Vos sabeis, mi Señor primo,  
Que hoy dentro en el palacio  
Yo y vuestro primo Oliveros  
Andábamos paseando.“

„De unas razones en otras  
Él me ha mal injuriado,  
Diciendo que de Aliarda  
Yo no tuviese cuidado;

„Que no era para servirla,  
Ni para ser su criado;  
Que si mirado no hubiese  
Al gran emperador Cárlos,

„Por lo enojo que le hice  
Ya me hubiera castigado.  
Yo le dije que hablaba  
Mal y muy desmesurado,

„Y él echó mano á la espada.  
Y embrazóse de su manto.  
Yo hallándome sin armas,  
Descendíme del palacio,

„Fuime para mi posada  
Muy triste y muy enojado;  
Arméme con estas armas,  
Con que vos me hallais armado.

„Cartas envié á Oliveros  
Que le aguardaba en el campo:  
Cuatro horas le dí de tiempo  
Que le estaria esperando;

„Y si en esto no viniese,  
Que traidor seria llamado.  
Pasadas son las cuatro horas,  
Otras dos habian pasado.“

Don Reinaldos, que esto oyó,  
Esta respuesta le ha dado:

„Si quereis vos, Montesinos,  
Yo iré presto á llamarlo.

„Si no quiere oirlo de lengua  
Decírselo he por las manos;  
Si él no quisiere venir  
Para vos y mí, sean cuatro.“

Ellos estando en esto,  
Oliveros ha llegado  
No como hombre de pelea,  
Sino como enamorado.

Y viene muy gentil hombre,  
Mas tambien muy bien armado;  
En llegando á Montesinos,  
Desta suerte le hubo hablado:

„Montesinos, Montesinos,  
¿Qué es esto, traidor malvado?  
Que la fé que tú me diste,  
Hásmela muy mal guardado.

„Dijiste que estarias sólo,  
Y hállote acompañado.“  
Montesinos, que esto oyó,  
Tal respuesta presto ha dado:

„Oliveros, Oliveros,  
De esto no esteis enojado;  
Que si compañía tengo,  
Cierto vos lo habeis causado.

„Si viniérades á tiempo  
Al plazo que os habia dado,  
La compañía que tengo,  
No la hubiérades hallado;

„Que por caso ó por desdicha  
El me halló aqui armado;  
El me preguntó que habia;  
Ya bien me hube excusado.

„Mas por importunacion  
Sabed que yo le he contado  
Lo que está entre vos y mí,  
Y lo que yo hube pasado.

„Mas yo haré juramento,  
Donde vos querais tomallo,  
Que por esta compañía  
No sereis perjudicado,

„Sino que él se iba á Paris,  
Quedando nos en el campo.“  
„Pláceme, dijo Oliveros,  
Desto que habeis hablado.“

Reinaldos se entró en Paris,  
Y ellos quedan en el campo.  
Ibanse de par en par,  
Y juntos lado con lado,

Hasta llegar á la huerta,  
Donde el campo se habia dado.  
Despues que dentro se vieron,  
Montesinos ha hablado:

„Ahora es tiempo, Oliveros,  
Que se vea el mas esforzado.“  
Vanse el uno para el otro,  
Recios encuentros se han dado.

Los golpes han sido tales,  
Que entrambos se han derribado;  
Media hora y mas estuvieron,  
Que ninguno ha hablado.

Ya despues que esto pasó,  
El uno se ha levantado;  
Fuese para Oliveros,  
Destá suerte le ha hablado:

„Buen caballero, no esteis  
Por tan poco desmayado;  
Echemos mano á las hachas,  
Pues las lanzas se han quebrado.“

Oliveros, que esto oyera,  
Muy presto fue levantado;  
Danse tan terribles golpes,  
Que presto se han desarmado.

Las piezas de los arneses  
Vereis rodar por el campo;  
Oliveros, que esto vido,  
Destá suerte le ha hablado:

„Echá mano por la espada,  
Pues que ya estais desarmado.“  
Montesinos, que esto oyera,  
Presto la espada ha sacado.

Hiérense de tales golpes,  
Que mal se han aparejado;  
Ellos estando en aquesto,  
Un cazador ha llegado.

Quísose poner entre ellos,  
Hanle mal amenazado,  
Que si entre ellos se pone,  
Que él sera muy mal tratado.

El cazador, que esto oyera,  
Para Paris ha marchado,  
Y á grandes voces decia  
Muy triste y acongojado:

„¿Qué es de tí, el Emperador,  
Que hoy pierdes todo tu estado?  
Hoy entre los doce pares  
Veo gran ruido armado,

„Y el imperio de Paris  
Todo escandalizado.“  
Oyólo el emperador  
Donde estaba en el palacio.

Mandó luego que le llamen  
Al que tal iba hablando.  
Ya es llegado el cazador  
Do está el emperador Cárlos,

Y estas palabras le dice  
Con tremor demasiado:  
„Señor, sepa vuestra Alteza  
Que hoy andando cazando

„En la huerta de san Dionis,  
Dentro en ella yo me he hallado  
Á Montesinos y á Oliveros,  
Que se habian desafiado.

„La sangre que dellos corria  
Teñia las yerbas del campo;  
Que si ellos ya no son muertos,  
Estarán muy mal tratados.“

El emperador, que esto oyera,  
Muy presto hubo cabalgado  
Con todos los caballeros,  
Los que allí hubo hallado.

De Oliveros iba un primo,  
Y tambien iba un su hermano,  
Y el padre de Montesinos,  
Ese conde Don Grimaltos.

Cada uno tiene parientes,  
Y van escandalizados.  
El emperador, que esto vido,  
Pregonar luego ha mandado

Que de manos ni de lengua  
Ninguno sea osado  
De decir descortésia,  
Ni quistion hayan buscado,

Y quien quistion revolviere,  
Fuese luego degollado.  
Por miedo de aquel pregon  
Todo hombre va limitado.

En allegando á la huerta,  
El emperador ha entrado;  
Por el rastro de la sangre  
Los caballeros ha hallado,

El uno caido á una parte,  
Otro caido á otro lado.  
Llamó á sus caballeros,  
Los que le han acompañado:

Quando la gente los vió,  
Vereis hacer un gran llanto;  
Unos dicen: „¡Ay mi primo!“  
Otros dicen: „¡Ay mi hermano!“

El conde Grimaltos dice:  
„¡Ay mi hijo mal logrado!“  
Quando el emperador vido  
Su pueblo escandalizado,

Mandó traer unas andas,  
En que pudiesen llevarlos.  
Á aquellos dos caballeros,  
Que se habian maltratado;

Que los lleven á Paris  
Dentro del real palacio,  
Doctores y bachilleres  
Que viniesen á curarlos.

Fue la voluntad divina  
Que á poco tiempo pasado  
Les hallan tal mejoría,  
Que se han mucho remediado.

Ya sanos los caballeros,  
Y Dios que les ha ayudado,  
Mandóles el emperador  
Que amigos hayan quedado.

Cásalos con sendas damas,  
Las mas lindas del palacio,

Y púsoles grandes penas  
Que ninguno sea osado

De hablar con Aliarda,  
Ni de ser su enamorado;  
Y quien esto quebrantase,  
De la vida sea privado.

Asi quedaron amigos,  
Y el imperio aseogado;  
Luego Aliarda casó  
Con un caballero honrado:  
Quedaron todos contentos,  
Y aun el romance acabado.

## 32.

*Hazañas de Montesinos, lidiando con los Moros. Cuando mayores pruebas está haciendo de su valor, ve á los suyos venir malparados y vencidos.*

Por la parte donde vido  
Mas sangrienta la batalla,  
Se metia Montesinos  
Lleno de angustia y de saña.

Cuantos con la lanza encuentra,  
Á tierra los derribaba;  
La yegua tambien ayuda,  
Que á muchos atropellaba.

Lugar le hacen como á toro,  
Por doquiera que pasaba;  
Echó el ojo Montesinos,  
Por todo el campo miraba,

Y vió un Moro esforzado,  
Que mucho se aventajaba.  
Un alfange trae el Moro  
Teñido en sangre de Francia.

Este es aquel Albenzaide,  
Que entre todos tiene fama,  
Caballero en una yegua  
Hermosa, rucia y manchada.

Como le vió Montesinos,  
Encendido en ira y saña,  
Dió de espuelas á la yegua,  
Y en los pechos le encontrara.

Y fue tan recio el encuentro,  
Que á tierra lo derribaba;  
Del golpe que dió en el suelo  
Hizo pedazos la lanza.

No le quedó á Montesinos  
Sino un pedazo de hasta.  
Como se vió de tal suerte,  
Por todo el campo miraba.

Vió la batalla rompida,  
 Sus gentes desbaratadas;  
 Y la flor de lis de oro  
 Que los Moros la arrastraban.

No ve golpe de Oliveros,  
 Ni oye ya al señor de Braña.

Cubierto de sangre y polvo,  
 Se salió de la batalla

En busca de Durandarte,  
 Que de lejos divisaba  
 Que con herida de muerte  
 De la batalla escapaba.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
 CONSEJERÍA DE CULTURA

## ROMANCES SÓBRE DURANDARTE Y BELERMA.

33.

*Diálogo amoroso con mezcla de quejas y reproches entre Belerma y Durandarte.*

**Belerma.**

„Durandarte, Durandarte,  
Buen caballero provado,  
Yo te ruego que hablemos  
En aquel tiempo pasado;

„Y dime, si se te acuerda,  
Cuando fuiste enamorado,  
Cuando en galas y invenciones  
Publicabas tu cuidado,

„Cuando venciste á los Moros  
En campo por mí aplazado.  
Agora desconocido  
Di ¿porqué me has olvidado?“

**Durandarte.**

„Palabras son linsongeras,  
Señora, de vuestro grado;  
Que si yo mudanza hice,  
Vos lo habeis todo causado.

Pues amastes á Gaiferos,  
Cuando yo fui desterrado;  
Que si amor quereis conmigo,  
Teneislo muy mal pensado;  
Que por no sufrir ultraje  
Moriré desesperado.“

## 34.

*Al ir á morir Durandarte gravemente herido en la batalla llora por dejar á Belerma recién mudada en tierna de rigurosa que era antes. Llégase á consolarle Montesinos, ayúdale en su postrera hora, y muerto ya, le abre el pecho, y saca el corazón, para llevarle á Belerma.*

„¡O Belerma, o Belerma,  
Por mi mal fuiste engendrada!  
Que siete años te serví,  
Sin de tí alcanzar nada.

„Agora que me querías,  
Muero yo en esta batalla;  
No me pesa de mi muerte,  
Aunque temprano me lleva.

„Mas pésame que de verte  
Y de servir te dejaba.

¡O mi primo Montesinos,  
Lo que agora yo os rogaba,

„Que, cuando yo fuere muerto  
Y mi ánima arrancada,  
Vos lleveis mi corazón  
Adonde Belerma estaba!

„Y servidla de mi parte,  
Como de vos yo esperaba,  
Y traedle á la memoria  
Dos veces cada semana.

„Y direisle que se acuerde  
Cuan cara que me costaba,  
Y dadle todas mis tierras,  
Las que yo señoreaba;

„Pues que yo á ella pierdo,  
Todo el bien con ella vaya.  
¡Montesinos, Montesinos,  
Mal me aqueja esta lanzada!

„El brazo traigo cansado,  
Y la mano del espada;

Traigo grandes las heridas,  
Mucha sangre derramada.

„Los extremos tengo frios,  
Y el corazón me desmaya;  
Que ojos que nos vieron ir,  
Nunca nos verán en Francia.

„Abraceisme, Montesinos,  
Que ya me sale el alma.  
De mis ojos ya no veo,  
La lengua tengo turbada.

„Á vos doy todos mis cargos,  
En vos yo los traspasaba;  
El Señor, en quien creéis,  
El oiga vuestra palabra.“

Muerto yace Durandarte  
Al pie de una alta montaña;  
Llorábalo Montesinos,  
Que á su muerte se hallara.

Quitándole está el almete,  
Desciéndole el espada;  
Hácele la sepultura  
Con una pequeña daga.

Sacábale el corazón,  
Como él se lo jurara,  
Para llevar á Belerma,  
Como él se lo mandara.

Las palabras que le dice  
De allá le salen del alma:  
„¡O mi primo Durandarte,  
Primo mio de mi alma,

„Espada nunca vencida,  
Esfuerzo de esfuerzo estaba,

Quien á vos mató, mi primo,  
No sé porque me dejara!“

## 35.

*Saliendo Montesinos vencido y malparado de la derrota de Roncesvalles, y siguiendo un rastro de sangre, da con su primo Durandarte gravemente herido y cercano á la muerte. Encargos que hace el moribundo á su primo.*

Por el rastro de la sangre  
Que Durandarte dejaba,  
Caminaba Montesinos  
Por una áspera montaña.

Confuso en esta sospecha,  
Hácia una haya caminaba.

Á la hora que camina,  
Aun no era bien de mañana,  
Las campanas de Paris  
Tocan la señal del alba.

Vió un caballero tendido,  
Que parece que le llama;  
Dale voces que se llegue,  
Que el alma se le arrancaba.

Como viene de la guerra,  
Trae las armas destrozadas;  
Solo en la mano derecha  
Trae un pedazo de lanza

No le conoce el Frances,  
Por mucho que le miraba;  
Porque le turban la vista  
Las cintas de la celada.

De hácia la parte del cuento;  
Que el hierro allá lo dejaba  
En el cuerpo de Albenzaide,  
En Moro de muy gran fama.

Apeóse de la yegua,  
Y desarmóle la cara,  
Conoció al primo que quiso  
Con la vida mas que al alma.

Trae aquella el Frances,  
Porque le sirva de vara,  
Para hacer andar la yegua;  
Que la llevaba cansada.

Fuele á hacer compañía  
En las últimas palabras;  
El herido habla al sano,  
Y el sano al herido abraza.

Mirando iba la yerba,  
Como estaba ensangrentada;  
Saltos le da el corazon,  
Sus sospechas le da el alma,

Y por no hablarle llorando,  
Detiene un poco la habla;  
Viéndole junto de sí,  
Desta manera le habla:

Pensando si seria alguno  
De los amigos de Francia.

„¡O mi primo Montesinos,  
Mal nos fue en esta batalla!  
Pues murió en ella Roldan,  
El marido de Doña Alda.

„Cautivaron á Guarinos,  
Capitan de nuestra esquadra;  
Heridas tengo de muerte,  
Que el corazon me traspasan.

„Lo que os encomiendo, primo,  
Lo postrero que os rogaba,  
Que cuando yo sea muerto,  
Y mi cuerpo esté sin alma,

„Me saqueis el corazon  
Con esta pequeña daga,

Y lo lleveis á Belerma,  
La mi linda enamorada.

„Y le direis de mi parte  
Que muero en esta batalla;  
Que quien muerto se le envía,  
Vivo no se lo negara.

„Dareisle todas mis tierras,  
Cuantos yo señoreaba;  
Que los bienes del cautivo  
El señor los heredaba.“  
Estas palabras diciendo,  
El alma se le arrancaba.

## 36.

*Cumpliendo Montesinos el encargo del muerto Durandarte, de enterrarle saca el corazon, y con él se va para Paris congojosos á entregarle á Belerma.*

Muerto yace Durandarte  
Debajo una verde haya;  
Con él está Montesinos,  
Que en la su muerte se halla.

Haciéndole está la fosa  
Con una pequeña daga;  
Quitándole está el almete,  
Desciéndole la espada.

Por el costado siniestro  
El corazon le sacara;  
Asi hablara con él,  
Como cuando vivo estaba:

„Corazon del mas valiente,  
Que en Francia ceñia espada,  
Ahora sereis llevado  
Adonde Belerma estaba.“

Envolvióle en un cendal,  
Y consigo lo llevaba;

Entierra primero al primo,  
Con gran llanto lamentaba

La su tan temprana muerte  
Y su suerte desdichada;  
Torna á subir en la yegua,  
Su cara en agua bañada.

Pónese luego el almete,  
Y muy recio le enlazaba;  
No quiere ser conocido,  
Hasta hacer su embajada,

Y presentarle á Belerma,  
Segun que se le encargara,  
El sangriento corazon,  
Que á Durandarte sacara.

Camina triste y penoso,  
Ninguna cosa le agrada;  
Por do quiere andar la yegua,  
Por alli deja que vaya.

Hasta que entró por Paris,                   Derecho va á los palacios,  
No sabe en que parte estaba;           Adonde Belerma estaba.

## 37.

*Toda regocijada Belerma se promete buenas nuevas y venturas, cuando se siente aremetida de tristes presentimientos. En esto llega Montesinos, y dándole noticia de la muerte de Durandarte, le entrega el corazon del muerto caballero.*

En Francia estaba Belerma  
Alegre y regocijada,  
Hablando con sus doncellas,  
Como otras veces usaba:

Dice y afirma jurando,  
Entre todas levantada,  
Que se juzga ciertamente  
La mas bien aventurada

De las damas de su tiempo,  
Y cualquier edad pasada,  
Pues le sirve Durandarte,  
Galan muy digno de fama,

Mas gallardo y gentil hombre  
Que cuantos ciñen espada.  
Mas temiendo no la arguyan  
Que habla de apasionada,

Dice con rostro sereno  
Y con la voz fatigada:  
„Nadie entienda que esto digo,  
Por estar enamorada;

„Que cierto que no le viendo,  
En viéndole lo juzgara;  
Nunca aviso y gentileza  
Tuvieron una posada

„Como aqueste que la tiene  
En lo mejor de mi alma.“

Y diciendo estas razones  
Cayó en tierra desmayada.

Mas volviendo en sí Belerma,  
Desta manera hablaba:  
„¿Qué es aquesto, amigas mias?  
Algun mal se me acercaba;

„Que nunca mi corazon  
Aquestas muestras me daba,  
Sin que luego ciertamente  
Me acuda alguna desgracia.“

Volvió sus ojos Belerma,  
Que mil perlas destilaban;  
Vió venir á Montesinos  
De la infelice batalla.

Con el rostro mustio y triste,  
La color desemejada,  
Trae escrito en su semblante  
La nueva que reportaba.

Llegó donde está Belerma,  
De rodillas se postraba;  
Quiere hablar y no acierta,  
Y cuando acierta, no osaba.

Mas al fin con poco aliento  
Dice con la voz turbada:  
„Nuevas te traigo, Señora,  
Que son de grande desgracia.“

„Primero que me las digas  
(La dama le replicaba),  
¿Qué es de tu querido primo?  
¿Dónde está? . ¿cómo quedaba?“

„Muerto queda, mi Señora,  
Debajo una verde haya.  
Veis aqui su corazon,  
Yo mismo se lo sacara,

„Porque al punto de la muerte  
La palabra me tomara,  
Porque vieses tú, Señora,  
Cuanto dél eras tú amada,

„Y porque aves ningunas,  
Indignas de tal vianda,  
No comiesen corazon,  
Donde estabas tú fijada,  
Al cual podrás hacer honra  
Que él en vida deseaba.

## 38.

*Lamentos de Belerma sobre el corazon del muerto Durandarte.*

Sobre el corazon difunto  
Belerma estaba llorando  
Lágrimas de roja sangre,  
Que las de agua hicieron cabo,

El cabello de oro fino  
De mesar enherizado,  
Las manos hechas un nudo,  
El cuerpo todo temblando.

Cuando vió aquel corazon,  
Estando en él contemplando,  
De nuevas gotas de sangre  
Estaba todo bañado:

„Corazon de mi Señor,  
Durandarte muy preciado,  
En los amores dichoso,  
Y en batallas desdichado,

„Quien os trajo ante mis ojos,  
Tanta crueldad usando,  
No debia de saberlo.  
Corazon, que estás pegado

„Con aqueste triste mio,  
Pues yo os pagaré llorando.“  
Asi ha quedado Belerma  
Vencida de un gran desmayo.

Las hazañas de Durandarte, apellidado en el Quijote „Flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes,“ y sus malhadados amores son harto conocidos por los libros de caballería. El haberle sacado el corazon Montesinos despues de muerto, y llevádole á su fiel y amada Belerma, segun acaba de verse y contaba una tradicion antigua, ha dado argumento á un malísimo romance, donde se dice lo que sigue:

Diez años vivió Belerma  
Con el corazon difunto  
Que la dejó en testamento  
Aquel Frances-boquirrubio.

En la misma composicion aparece una tal condesa Donalda, la cual aconseja á Belerma que devuelva el corazón á Montesinos y se consuele, del modo siguiente:

Amiga Belerma,  
 Cese tan necio diluvio  
 Que anegará vuestros años,  
 Y ahogará vuestros gustos.  
 Estése allá Durandarte  
 Donde la suerte le cupo;  
 Háya buen gozo su alma  
 Y pozo en que esté su cuba.  
 Si él os quiso mucho en vida,  
 También le quisistes mucho,  
 Y si murió abierto el pecho,  
 Queréllese de su escudo.  
 ¿Que culpa tuvistes vos  
 De su entierro? siendo justo  
 Que quien como bruto muere,  
 Qué le entierren como bruto.  
 Volved luego á Montesinos  
 Ese corazón que os trajo,  
 Y enviadle á preguntar  
 Si por gavilan os tuvo.

En este estilo falta de gusto y de imaginacion está compuesta toda la obrilla muy moderna sin duda alguna. **D.**

Las aventuras de Belerma y Durandarte por lo singulares fácilmente mueven á risa así como á ternura, viéndose aquí así como en otras como cuan cerca andan lo ridículo y lo sublime. Por eso quizá se burlan tanto muchos poetas antiguos de la tragedia de Durandarte y su señora. Cervantes en el Quijote trata la historia muy de burlas en la vision de la cueva de Montesinos. Hay asimismo sobre este argumento una comedia burlesca, obra de pésimo gusto como todas las de su clase, de las cuales hasta Calderon hizo alguna no superior á las de otros ingenios. El romance burlesco á que alude el Señor D. es malo en verdad, ni mas ni menos que los de su jaez, censura que debe comprehender aun á los de Góngora sobre Leandro y Hero, y Píramo y Tisbe, y de la que están ejentos solo en parte en gracia de sus buenos dotes algunos de los de Quevedo. **A. G.**

## ROMANCES SOBRE DON GAIFEROS.

39.

*Una condesa viuda habla con su hijo niño, encomendándole que venque la muerte de su padre, la cual achaca á Galvan el conde. Defendiéndose este, manda matar al niño y traerle su corazón. Los ejecutores del feroz mandamiento ño osan cumplirle. Escapa el niño Gaiferos, y va buscando ayuda y venganza á su tío, el cual se la promete cumplida.*

Estábase la condesa  
En su estrado asentada;  
Tisericas de oro en mano,  
Su hijo afeitando estaba.

Palabras le está diciendo,  
Palabras de gran pesar;  
Las palabras eran tales  
Que al niño hacen llorar.

„¡Dios te dé barbas en rostro,  
Y te haga barragan!  
¡Déte Dios ventura en armas.  
Como al paladin Roldan!

„Porque vengases, mi hijo,  
La muerte de vuestro padre.  
Matáronlo á traicion,  
Por casar con vuestra madre.

„Ricas bodas me hicieron,  
En las cuales Dios no ha parte;  
Ricos paños me cortaron,  
La reina no los ha tales.“

Magüera pequeño el niño,  
Bien entendido lo ha.  
Allí respondió Gaiferos,  
Bien oireis lo que dirá:

„Asi ruego á Dios del cielo,  
Y á santa María su madre.“  
Oido lo habia el conde.  
En los palacios do está.

„Calles, calles, la Condesa,  
Boca mala sin verdade;  
Que yo no matara el conde,  
Ni lo hiciera matare.

„Mas tus palabras, Condesa,  
El niño las pagaré.“  
Mandó llamar escuderos,  
Criados son de su padre,

Para que lleven al niño,  
Que lo lleven á matare.  
La muerte que él les dijera,  
Mancilla es de la escuchare:

„Córtenle el pie del estribo,  
La mano del gavilane;  
Sáquenle ambos los ojos,  
Por mas seguros andare,

„Y el dedo y el corazon  
Traédmelo por señale.“  
Ya lo llevan á Gaiferos,  
Ya lo llevan á matare.

Hablaban los escuderos  
Con mancilla que dél han:  
„O válasme, Dios del cielo,  
Y santa María su madre!

„Si á este niño matamos,  
¿Que galardón nós darán?“  
Ellos en aquesto estando,  
No sabiendo que harán,

Vieron venir una perrita  
De la condesa su madre.  
Allí habló el uno dellos;  
Bien oireis lo que dirá:

„Matemos esta perrita .  
Por nuestra seguridad;  
Saquémosle el corazon,  
Y llevémoslo á Galvane.

„Cortémosle el dedo al chico,  
Por llevar mejor señale.“  
Ya tomaban á Gaiferos,  
Para el dedo le cortare:

„Venid acá vos, Gaiferos,  
Y querednos escuchare.  
Vos idos de aquesta tierra,  
Y en ella no parezcais mas.“

Ya le daban entre señas  
El camino que hará:  
„Iros heis de tierra en tierra  
Adó vuestro tío está.“

Gaiferos desconsolado  
Por ese mundo se va;  
Los escuderos se volvieron  
Para do estaba Galvan.

Danle el dedo y corazon,  
Y dicen que muerto lo han:  
La condesa, que esto oyera,  
Empezara gritos dare,

Lloraba de los sus ojos  
Que queria rebentare.  
Dejemos á la condesa,  
Que muy grande llanto hace,

Y digamos de Gaiferos,  
Del camino por do va;  
Que de dia ni de noche  
No hace sino caminar,

Hasta que llegó á la tierra  
Adonde su tío está.  
Dícele desta manera,  
Y empezóle de hablare:

„¡Manténgaos Dios, el mi tío!“  
„¡Mi sobrino, bien vengais!  
¿Que buena venida es esta?  
Vos me la querais contare.“

„La venida que yo vengo,  
Triste es y con pesare;  
Que Galvan con grande enojo  
Mandado me habia matare.

„Mas lo que os ruego, mi  
tio,

Y lo que os vengo á rogare,  
Vamos á vengar la muerte  
De vuestro hermano mi padre.

„Matáronlo á traicion,  
Por casar con la mi madre.“

„Sosegaos, el mi sobrino,  
Vos os querais sosegare;

„Que la muerte de mi hermano  
Bien la iremos á vengare.“  
Y ellos asi se estuvieron  
Dos años y aun mas,  
Hasta que dijo Gaiferos  
Y empezara de hablar.

## 40.

*El tio de Gaiferos camina con él vestido de romero, por no ser conocido de Galvan, á vengar en este el daño hecho á su familia. Llegan á Paris, y vense con la condesa viuda, á la cual piden limosna, que ella le da muy caritativamente, recibíendola ellos enternecidos. Acércase en esto el conde, y desnuesta á los romeros, los cuales le hieren y matan, descubriendo despues á la condesa ser Gaiferos su hijo uno de los que allí estaban.*

„Vámonos, dijo, mi tio,  
A Paris esa ciudad  
En figura de romeros,  
No nos conozca Galvan;

„Que si Galvan nos conoce,  
Mandaríanos matar.  
Encima ropas de seda  
Vistamos las de sayal.

„Llevemos nuestras espadas,  
Por mas seguros andar;  
Llevemos sendos bordones,  
Por la gente asegurar.“

Ya se parten los romeros,  
Ya se parten, ya se van  
De noche por los caminos,  
De dia por los jarales.

Andando por sus jornadas,  
Á Paris llegado han;

Las puertas hallan cerradas,  
No hallan por donde entrar.

Siete vueltas la rodean,  
Por ver si podrán entrar,  
Y al cabo de las ocho  
Un postigo van á hallar.

Ellos, que se vieron dentro,  
Empiezan á demandar;  
No preguntan por meson,  
Ni menos por hospital;

Preguntan por los palacios,  
Donde la condesa está.  
Á las puertas del palacio  
Alli van á demandar.

Vieron estar la condesa,  
Y empezaron de hablar:  
„¡Dios te salve, la Condesa!  
„¡Los romeros, bien vengais!“

„; Mandédesnos dar limosna  
Por honor de caridad!“

„Con Dios vades, los romeros,  
Que no os puedo nada dar;

„Que el conde me habia man-  
dado

Á romeros no albergar.“

„Dadnos limosna, Señora;  
Que el conde no lo sabrá.“

„Asi la den á Gaiferos  
En la tierra dondè está!“  
Asi como oyó Gaiferos,  
Comenzó de suspirar.

Mandábales dar del vino,  
Mandábales dar del pan.  
Ellos en aquesto estando,  
El conde llegado ha:

„¿Qué es aquesto, la Condésa?

¿Aquesto qué puede estar?

¿No os tenia yo mandado

Á romeros no albergar?“

Y alzara la su mano,

Puñada le fuera á dar,

Que sus dientes menudicos

En tierra los fuera á echar.

Alli hablan los romeros,

Y empezáronle de hablar:

„Por hacer bien la condésa,  
Cierto no merece mal.“

„Callede vos, los romeros,  
No ayades vuestra parte.“  
Alzó Gaiferos su espada,  
Un golpe le fue á dar,

Que la cabeza de sus hombros  
En tierra la fue á echar.  
Alli habló la condésa,  
Llorando con gran pesar:

„¿ Quien érades, los romeros,  
Que al conde fuistes matar?“  
Alli respondió el romero,  
Tal respuesta le fue á dar:

„Yo soy Gaiferos, Señora,  
Vuestro hijo natural.“

„Aquesto no puede ser,  
Ni era cosa de verdad;

Que el dedo y el corazon  
Yo los tengo por señal.“

„El corazon, que vos teneis,  
En persona no fue á estar;  
El dedo bien es aqueste,  
Aqui lo vereis faltar.“

La condésa, que esto oyera,  
Empezóle de abrazar.

La tristeza que tenia,  
En placer se fue á tornar.

## 41.

*Cautiva Melisendra en Sansueña (hoy Zaragoza), llora por su amador Gaiferos ausente, creyéndose olvidada.*

Cautiva, ausente y celosa,  
De mil sospechos cercada,  
Melisendra está en Sansueña  
Contemplando en sus desgracias.  
El camino la consuela,  
Que va de Sansueña á Francia,  
Pues por él su libertad  
Y á Don Gaiferos aguarda.  
Y como el que aguarda tiene  
La vida puesta en balanza,  
Con lágrimas y suspiros  
Dice, viendo que se tarda:  
„¡ Cuitado del que aguarda!  
Pues es igual el esperar á brasas.

„No cansada de quererte,  
Mas de esperarte cansada  
Vivo, ingrato Don Gaiferos,  
De esperar desesperada.  
No me cansa el aguardarte,  
Aunque el no verte me cansa;  
Que aguardar á quien no viene  
Desesperacion se llama.  
Si tú libre y en tu tierra  
Estás sugeto á mudanzas,  
Yo presa muger y ausente  
Mas cerca estoy á las llamas.  
¡ Cuitado del que aguarda!  
Pues es igual el esperar á brasas.

„Agravios me tienes hechos,  
Si me olvidaste sin causa,  
Pues con ella y con agravios  
Quien se venga nunca agravia.  
¡ Cuantas hay que por ausencia,  
No siendo ausencia forzada,  
Por vengar sus corazones,  
Se olvidaron de su fama!  
Pues yo presa y entre Moros,  
Y de un Cristiano olvidada,

Aunque olvide á quien me olvida.  
No merezco ser culpada.  
Si en mi nobleza confias,  
Has de tener confianza  
Que agraviará su nobleza  
Una muger agraviada.  
¡ Cuitado del que aguarda! etc.

„ Porque puede en las mugeres  
Mas una desconfianza  
Que la nobleza en Gaiferos,  
Cuando tan poco la guardan.  
Pues considera si sirves  
En Paris damas cristianas,  
Que, aunque Moros, caballeros  
En Sansueña me regalan;  
Y que soy muger, y vivo  
Cautiva y desesperada;  
Y aunque soy hija de Carlos,  
Soy muger, y aquesto basta.  
¡ Cuitado del que aguarda! etc.

„ Y básteme haber perdido  
De libertad la esperanza,  
Para olvidar por un Moro  
Quien olvida á una Cristiana.  
Bien sé yo que es liviandad,  
Y de liviandad se paga,  
Pretender contra mi honor  
De mis agravios venganza.  
Porque donde se atraviesa  
Honor y nobleza tanta,  
No habrá sinrazon tan grande.  
Que contra la razon valga.  
¡ Cuitado del que aguarda!  
Pues es igual el esperar á brasas.

„ Ni aun tampoco Dios permita  
Que, aunque mas de ti apartada,  
Se me olvide á mí jamas

De lo que debo á mi alma;  
 Que, aunque muger, soy ilustre,  
 Y en las tales jamas falta  
 El valor en tiempo alguno,  
 Si honra el valor acompaña.  
 Y si ha faltado en alguna,  
 Puede ser porque no alcanza  
 El ser natural; que es justo,  
 Si hacen injusta mudanza.  
 ¡Cuitado del que aguarda! etc.

„Mas tambien parece mal  
 Que esté en Sansueña encerrada,  
 Y que se esté Don Gaiferos

En Paris jugando cañas,  
 El libre, y ella cautiva,  
 El querido, ella olvidada,  
 Ella llorando su ausencia,  
 El en juegos y entre damas.  
 Pues mira que soy tu esposa;  
 Cuando no hubiera otra causa,  
 Te obligaba el ser muger  
 Y ser natural de Francia.“

Proseguir quiso y no pudo  
 Su razon; que por ser tanta  
 El grave dolor la incita  
 Á llorar ansi sus ansias:  
 „¡Cuitado del que aguarda!  
 Pues es igual el esperar á brasas.“

No tenemos noticia de romances antiguos relativos al modo como fue cautivada Melisendra. La composicion que antecede es moderna y no de las mejores. Otra hay muy parecida á ella, y que empieza con los siguientes versos:

Mil celosas fantasias,  
 Que del esperar se engendran,  
 Á Melisendra combaten  
 En la torre de Sansueña.

En esta obrilla únicamente merecen atencion y alabanza los dos versos que á continuacion van por lo bien sentidos:

Mira el camino de Francia,  
 Que la enoja y la consuela.

En los demas versos resalta demasiado el sutil discurrir del poeta.

**D.**

42.

*Amargas reconvencciones del emperador Carlo Magno á su secretario Gaiferos, porque, entretenido en juegos y pasatiempos, está olvidada su señora Melisendra, cautiva de Moros.*

„No con los dados se gana,  
 Ni con las tablas el crédito,  
 Ni arrojando leves cañas,  
 Reputacion entre buenos,

„No con bizarras libreas,  
 Ni con mugeriles juegos,  
 Ni con empresas ni cifras  
 Recamadas de oro y negro.

„No con vanas esperanzas,  
Ni con vestidos soberbios,  
Ni con guantes olorosos,  
Medallas ni camafeos.

„Con arnes, espada y lanza  
Como buenos combatiendo,  
Cuando se ofrece ocasion,  
Se ilustran los caballeros.

„Mejor fuera que entre Moros  
Esos azares del juego,  
Como son acá en Paris,  
Fuera en Sansueña encuentro.

„Y esas plumas y medallas  
Que llevais en el sombrero,  
Harta mejor parecieran  
En la cimera del yelmo.

„Y en lugar de aquesa ropa  
De martas y terciopelo  
Un fino arnes de Milan  
Estuviera mas honesto.

„Mal parece que en Paris  
Sustenteis vos los torneos,  
Sabiendo que vuestro honor  
Teneis en Sansueña preso.

„Vuestro honor es vuestra esposa;  
Si hay honor en vuestro pecho,  
Debe de ser vuestra sangre  
El rescate de su cuerpo.

„Conviértanse ya las tablas,  
Los dados y pasatiempos  
En pensamientos honrados,  
Dejad bajos pensamientos.

„Dejad cañas, tomad lanzas,  
Dejad seda, vestí acero;  
Sean vuestros juegos armas,  
Vuestras galas sean trofeos.

„Gallarda empresa es la honra,  
No querais mas alto premio;  
Pues donde aquesta se estima,  
No hay empresa de mas precio.

„No por hijo de un rey  
Y de un emperador yerno  
Pretendais que sois ilustre,  
Si no lo son vuestros hechos.

„Aquel es honrado y noble  
Que tiene honrados respetos;  
Que en altos pechos se crian  
Los mas honrados intentos.

„Porque yo sea bien nacido,  
No cumplo lo que debo,  
Si en los negocios de honra  
Doy con obras mal ejemplo.

„Si como teneis las causas,  
Tuviérades los efectos,  
No estuviera vuestra esposa  
En Sansueña, ha tanto tiempo.

„Que cuando no os obligara  
El conyugal sacramento,  
Obligárais ser muger,  
Si fuérais buen caballero.

„No los sois, pues que no haceis  
El debido cumplimiento,  
Siendo vos á quien mas toca,  
Como esposo y como deudo;

„Que cuando esta obligacion  
No se hallara de por medio,  
Ella estuviera ya libre,  
O yo por librarla muerto.

„Si no os correis con ser mozo  
De lo que yo con ser viejo,  
Correos de ver vuestra honra  
Andar en corrillos necios.

„Considerad que es muger,  
Cautiva, ausente y con celos;  
No quiero deciros mas,  
Miraldo, pues sois discreto.“

Esto dijo Cárlo Magno  
Á su sobrino Gaiferos,  
Que estaba jugando tablas  
Con el valiente Oliveros.

En el Quijoté se cuenta que no contento Cárlo Magno con reprehender á Don Gaiferos su mal yerno, y amenazarle con el cetro, como si fuese á darle de coscorrones. (Aun hay autores que dicen que se los dió, y „muy bien dados.“) **D.**

## 43.

*Reconvencido Gaiferos por su tío el emperante porque entre juegos tiene perdida la memoria de su cautiva esposa Melisendra, se disculpa; pero su tío Don Roldan le moteja de omiso y poco valiente. Trábanse de razones los dos caballeros. Aplácense y aviénense, y despidiéndose Gaiferos de su madre, se parte en busca de Melisendra; y encontrándola, sácala del cautiverio á las ancas de su caballo. Danle alcance los Moros, á los cuales vence Gaiferos, dejándolos admirados de su valor, y llega con Melisendra á Paris, donde es recibido con honras y festejos.*

Asentado está Gaiferos  
En el palacio reale,  
Asentado está al tablero,  
Para las tablas jugare.

„Vuestra espsoa tienen Moros,  
Iriadesla á buscare.  
Pésame á mí por ello,  
Porque es mi hija carnale.

Las dados tiene en la mano,  
Que los quiere arrojaré,  
Quando entró por la sala  
Don Cárlos el emperante.

„De muchos fu demandada,  
Y á nadie quiso tomare;  
Pues con vos casó por amores,  
Amores la han de sacare.

Desque así jugar lo vido,  
Empezóle de mirare;  
Hablándole está, hablando  
Palabras de gran pesare:

„Si con otro fuera casada,  
No estuviera en captivade.“  
Gaiferos, quando esto vido,  
Movido de gran pesare,

„Si así fuédeses, Gaiferos,  
Para las armas tomare,  
Como sois para los dados,  
Y para tablas jugare,

Llevantóse del tablero,  
No queriendo mas jugare,  
Y tomáralo en las manos,  
Para haberlo de arrojaré,

Si no por quien con él juega,  
Que era hombre de linage;  
Jugaba con él Guarinos,  
Almirante de la mare.

Voces da por el palacio  
Que al cielo quieren llegare;  
Preguntando va, preguntando  
Por su tío Don Roldane.

Halláralo en el patio  
Que queria cabalgare;  
Con él era Oliveros  
Y Durandarte el galane,

Con él muchos caballeros  
De los de los doce pares,  
Gaiferos, desde lo vido,  
Empezóle de hablare:

„Por Dios os ruego, mi tío,  
Por Dios os quiero rogare  
Vuestras armas y caballo;  
Vos me lo querais prestare;

„Que mi tío el emperante  
Tan mal me quiso tratarre,  
Diciendo que soy para juego,  
Y no para armas tomare.

„Bien lo sabeis vos, mi tío,  
Bien sabeis vos la verdade;  
Que pues busqué á mi esposa,  
Culpa no me deben dare.

„Tres años anduve triste  
Por los montes y los valles,  
Comiendo la carne cruda,  
Bebiendo la roja sangre,

„Trayendo los pies descalzos,  
Las uñas corriendo sangre.  
Nunca yo hallarla pude  
En cuanto pude buscare.

„Ahora sé que está en Sansueña,  
En Sansueña esa ciudade.  
Sabeis que estoy sin caballo.  
Sin armas otro que tale;

„Que las tiene Montesinos,  
Que es ido á festejare  
Allá á los reinos de Ungría,  
Para torneos armare;

„Y yo sin caballo y armas  
Mal la podré libertare.  
Por esto os ruego, mi tío,  
Las vuestras me querais dare.“

Don Roldan, desde esto oyó,  
Tal respuesta le fue á dare:  
„Callad, sobrino Gaiferos,  
No querades hablar tale.

„Siete años vuestra esposa  
Ha que está en captividade;  
Siempre os he visto con armas  
Y caballo otro que tale.

„Agora que no las teneis,  
La quereis ir á buscare.  
Sacramento tengo hecho  
Allá en san Juan de Letrane

„Á ningun prestar armas;  
No me las hayan cobardes.  
Mi caballo está bien vezado,  
No lo querria mal vezare.“

Gaiferos que esto oyó,  
La espada fuérá á sacare;  
Con una voz muy sañosa  
Empezara de hablare:

„Bien parece, Don Roldan,  
Siempre me quisiste malé;  
Si otro me lo dijera,  
Mostrara si soy cobardé.

„Mas quien á mí ha injuriado,  
No lo vais por mí á vengare;  
Si vos tio no me fuédeses,  
Con vos querria pelear.“

Los grandes que allí se hallan,  
Entre los dos puestos se han;  
Hablado le ha Don Roldan,  
Empezóle de hablare:

„Bien parece, Don Gaiferos,  
Que sois de muy poca edade;  
Bien oistes un ejemplo  
Que conoceis ser verdate;

„Que aquel que bien os quiere,  
Ese os quiere castigare.  
Si fuérades mal caballero,  
No os dijera yo esto tale.“

„Mas porque sé que sois bueno,  
Por eso os quise así hablare;  
Que mis armas y caballo  
Á vos no se han de negare;

„Y si quereis compañía,  
Yo os querria acompañare.“  
„Mercedes, dijo, Gaiferos,  
De la buena voluntad;

„Solo me quiero ir; solo,  
Para haberla de sacare;  
Nunca me dirá ninguno  
Que me vido ser cobarde.“

Luego mandó Don Roldan  
Sus armas aparejare;  
El encubierta el caballo,  
Por mejor lo encubertare.

El mesmo pone las armas,  
Y le ayudaba á armare.  
Luego cabalgó Gaiferos  
Con enojo y con pesare.

Pésale á Don Roldan,  
Tambien á los doce pares,  
Y mas al emperador,  
Desque solo lo vió andare.

Y desque ya se salia  
Del gran palacio reale,  
Con una voz amorosa  
Llamárale Don Roldan:

„Espera un poco, sobrino,  
Pues solo quereis andare;  
Dejédesme vuestra espada,  
La mia querais tomare.“

„Y aunque yengan dos mil Moros,  
Nunca les volvais la hace;  
Al caballo dadle rienda,  
Y haga á su voluntad.“

„Que si él ve la suya,  
Bien os sabrá ayudare;  
Y si ve demasia,  
Della os sabrá sacare.“

Ya le daba su espada,  
Y toma la de Roldan;  
Da de espuelas al caballo,  
Sálese de la ciudade.

Don Beltran, desque ir lo vido,  
Empezóle de hablare:

„Tornad acá, hijó Gaiferos,  
Pues que me tenéis por padre,

„Tan solamente que os vea  
La condesa vuestra madre.  
Tomará con vos consuelo,  
Que tan tristes llantos hace,

„Y daráos caballeros,  
Los que hayais necesidad.“  
„Consoladla vos, mi tio,  
Vos la querais consolare.“

„Acuérdese que me perdió  
Chiquito y de poca edade;  
Haga cuenta que de entonces  
No me ha visto jamas;

„Que ya sabeis que en los doce  
Corren malas voluntades,  
Y no dirán vuelvo per ruego,  
Mas que vuelvo por cobarde;

„Que yo no volveré en Francia,  
Sin Melisendra tornare.“  
Don Beltran, desde que lo oyera  
Tan enojado hablare,

Vuelve riendas al caballo,  
Y entróse en la ciudade.  
Gaiferos en tierra de Moros  
Empieza de caminare.

Jornada de quinze dias  
En ocho la fue á andare;  
Por las tierras de Sansueña  
Gaiferos mal airado va.

Las voces que iba dando,  
Al cielo quieren llegare;  
Maldiciendo iba el vino,  
Maldiciendo iba el pane,

El pan que comian los Moros,  
Mas no de la cristiandade;  
Maldiciendo iba la dueña  
Que tan solo un hijo pare.

Si enemigos se lo matan,  
No tiene quien lo vengare.  
Maldiciendo iba el caballero  
Que cabalga sin un page.

Si se le cae la espuela,  
No tiene quien se la calce.  
Maldiciendo iba el árbol  
Que solo en el campo nace;

Que todas las aves del mundo  
En él van á quebrantare;  
Que de rama ni de hoja  
Al triste dejan gozare.

Dando estas voces y otras,  
Á Sansueña fue á llegare;  
Viernes era, en aquel dia  
Los Moros su fiesta hacen.

El rey iba á la mezquita,  
Para la zala rezare,  
Con todos sus caballeros,  
Cuantos él pudo llevare.

Cuando allegó Gaiferos  
Á Sansueña esa ciudade,  
Miraba si veria alguno  
Á quien poder demandare.

Vido un captivo cristiano,  
Que andaba por los adarves;  
Desde que lo vido Gaiferos,  
Empezóle de hablare:

„¡Dios te salve, el Cristiano,  
Y te torne en libertade!  
Nuevas que pedirte quiero,  
No me las quieras negare.

„Tú que andas con los Moros,  
Dime si oiste hablare  
Si hay aqui alguna Cristiana  
Que sea de alto linage.“

„Tantos tengo de mis duelos,  
De otros no puedo curare;  
Que todo el dia caballos  
Del rey me hacen pensare.

„Y de noche en honda sima  
Me hacen aqui aprisionare.  
Bien sé que hay muchas captivas  
Cristianas de gran linage.

„Especialmente hay una,  
Que es de Francia naturale;  
El rey Almanzor la trata  
Como á su hija carnale.

„Sé que muchos reyes moros  
Con ella quieren casare;  
Por eso idos, Caballero,  
Por esa calle adelante.

„Vereislas á las ventanas  
Del gran palacio reale.“  
Derecho se va á la plaza,  
Á la plaza la mas grande.

Alli estaban los palacios  
Donde el rey solia estare;  
Alzó los ojos en alto  
Por los palacios mirare.

Vido estar á Melisendra  
En una ventana grande  
Con otras damas cristiañas,  
Que están en captividade.

Melisendra que lo vido,  
Empezara de llorare,  
No porque lo conociese  
En el gesto ni en el traje;

Mas en verlo con armas blancas,  
Acordóse de los pares;  
Acordóse de los palacios  
Del emperador, su padre,

De justas, galas, torneos,  
Que por ella solian armare.  
Con voz triste y muy llorosa  
Le empezara de llamare:

„Por Dios os ruego, caballero,  
Querais á mí llegare;  
Si sois Cristiano ó Moro,  
No me lo querais negare.

„Daros he unas comiendas,  
Bien pagadas os serán.  
Caballero, si á Francia ides,  
Por Gaiferos preguntade.

„Decidle que la su esposa  
Se le envia á encomendar;  
Que ya me parece tiempo  
Que la debia sacare.

„Si no me deja por miedo  
De con los Moros pelear,  
Debe tener otros amores;  
De mí no lo dejan acordar.

„Los ausentes por los presentes  
Ligeros son de olvidare.  
Aun le direis, caballero,  
Por darle mayor señale,

„Que sus justas y torneos  
Bien las supimos acá.  
Y si estas encomiendas  
No recibe con solace,

„Dareislas á Don Roldan,  
Dareislas á mi señor  
El emperador mi padre;  
Direis como está en Sansueña,

„En Sansueña esa ciudade;  
Que si presto no me sacan,  
Mora me quieren tornare,  
Casarme han con el rey moro

„Que está allende la mare;  
De siete reyes de Moros  
Reina me hacen coronar;  
Segun los reyes me acuitan,  
Mora me harán tornare.

„Mas amores de Gaiferos  
No los puede yo olvidare.“  
Gaiferos que esto oyera,  
Tal respuesta le fue á dare:

„No lloreis vos, mi Señora,  
No queráis así lloraré;  
Porque esas encomiendas  
Vos mesma las podeis dare;

„Que á mí allá dentro en Francia  
Gaiferos suelen nombrare.  
Soy el Infante Gaiferos,  
Señor de Paris la grande,

„Primo hermano de Oliveros,  
Sobrino de Don Roldan;  
Amores de Melisendra  
Son los que acá me traen.“

Melisendra que esto vido,  
Conosciólo en el hablare;  
Tiróse de la ventana,  
La escalera fue á tomare.

Salióse para la plaza,  
Donde lo vido estare.  
Gaiferos, cuando la vido,  
Presto la fue á tomare.

Abrázala con sus brazos,  
Para haberla de besare.  
Allí estaba un perro moro,  
Por los Cristianos guardare.

Las voces daba tan altas,  
Que al cielo quieren llegare.  
Al alarido del Moro  
La ciudad mandan cerrare.

Siete voces la rodean,  
No hallan por do escapare.  
Presto sale el rey Almanzor  
De la mezquita rezare.

Vereis tocar las trompetas  
Apriesa y no de vagare;  
Vereis armar caballeros  
Y en caballos cabalgare:

Tantos se arman de los Moros,  
Que gran cosa es de mirare.  
Melisendra que lo vido  
En una priesa tan grande,

Con una voz delicada  
Le empezara de hablare:  
„Esforzado Dón Gaiferos,  
No querades desmayare;

„Que los buenos caballeros  
Son para necesidad.  
Si desta escapais, Gaiferos,  
Harto teneis que contare.

„¡Ya quisiera Dios del cielo  
Y santa María su madre  
Fuese tal vuestro caballo  
Como él de Don Roldan!

„Muchas veces le oí decir  
En el palacio imperiale  
Que si se hallaba cercado  
De Moros en algun lugar,

„Al caballo aprieta la cincha,  
Y aflojábale el petrale;  
Hincábale las espuelas  
Sin ningun piedade.

„El caballo es esforzado,  
De otra parte va á saltare.“  
Gaiferos, desde esto oyó,  
Presto se fuera á apareare:

Al caballo aprieta la cincha,  
Y aflojábale el petrale;  
Sin poner pie en el estribo,  
Encima fue á cabalgare,

Y Melisendra á las ancas  
Que presto las fue tomare.  
El cuerpo le da y cintura,  
Porque lo pueda abrazare.

Al caballo hinca la espuela  
Sin ninguna piedad;  
Corriendo venian los Moros  
Apriesa y no de vagare.

Las grandes voces que daban  
Al caballo hacen saltare;  
Cuando fueran cerca los Moros,  
La rienda le fue alargare.

El caballo era ligero,  
Púsolo de la otra parte.  
El rey Moro que esto vido,  
Mandó abrir la ciudade.

Siete batallas de Moros  
Todas de zaga se van.  
Volviéndose iba Gaiferos,  
No cesaba de mirare,

Desque vido que los Moros  
Le empezaban de cercare,  
Volvióse á Melisendra,  
Empezóle de hablare:

„No os enojeis, mi Señora,  
Seráos fuerza aqui apeare,  
Y en esta grande espesura  
Podeis, Señora, aguardare;

„Que los Moros son tan cerca,  
De fuerza nos han de alcanzare.  
Vos, Señora, no traeis armas,  
Para haber de pelear.

„Yo pues, que las traigo buenas,  
Quiérolas ejercitare.“  
Apeóse Melisendra,  
No cesando de rezare.

Las rodillas puso en tierra,  
Las manos fue á levantare,  
Los ojos puestos al cielo;  
No cesando de rezare.

Sin que Gaiferos volviese,  
El caballo fue á aguijare  
Cuando huia de los Moros,  
Parece no puede andare.

Y cuando iba hácia ellos,  
Iba con furor tan grande,  
Que del rigor que llevaba  
La tierra hacia temblare.

Donde vido la morisma,  
Entro ellos fuera á entrare;  
Si bien pelea Gaiferos,  
El caballo mucho mas.

Tantos mata de los Moros,  
Que no hay cuento ni pare;  
De la sangre que salia,  
El campo cubierto se ha.

El rey Almanzor que esto vido,  
Empezara de hablare:

„¡O válasme tú, Alá!  
¿Esto qué podía estare?

„Que tal fuerza de caballero  
En pocos se puede hallare;  
Debe ser el encantado,  
Ese paladin Roldan.

„Ó debe ser el esforzado  
Reinaldos de Montalvan;  
Ó es Urgel de la Marcha  
Esforzado y singulare.

„No hay ninguno de los doce  
Que bastase hacer lo tale.“  
Gaiferos que esto oyó,  
Tal respuesta le fue á dare:

„Calles, calles, el rey moró,  
Calles, y no digas tale;  
Muchos otros hay en Francia  
Que tantos como estos valen.

„Yo no soy ninguno dellos;  
Mas yo me quiero nombrare:  
Soy el Infante Gaiferos,  
Señor de Paris la grande,

„Primo hermano de Oliveros,  
Sobrino de Don Roldan.“  
El rey Almanzor que le oyera  
Con tal esfuerzo hablare,

Con los mas Moros que pudo  
Se entrara en la ciudade.  
Solo quedaba Gaiferos,  
No halló con quien pelear.

Volvió riendas al caballo,  
Por Melisendra buscare;  
Melisendra que lo vido,  
Á recebirselo sale.

Vidole las armas blancas  
Tintas en color de sangre;  
Con voz muy triste y llorosa  
Le empezó de preguntare:

„Por Dios os ruego, Gaiferos,  
Por Dios os quiero rogare,  
Si traeis alguna herida,  
Queráismela vos mostrare;

„Que los Moros eran tantos,  
Quizá os habrán hecho male.  
Con las mangas de mi camisa  
Os la quiero yo apretare,

„Y con la mi rica toca  
Yo os las entiendo sanare.“  
„Callede, dijo Gaiferos;  
Infanta, no digais tale.

„Por mas que fueran los Moros,  
No me podian hacer male;  
Que estas armas y caballo  
Son de mi tio Don Roldan.

„Caballero que las trae  
No podia peligrare.  
Cabalgad presto, Señora,  
Que no es tiempo de aqui estare.

„Antes que los Moros tornen,  
Los puertos hemos pasare.“  
Ya cabalga Melisendra  
En un caballo alazan.

Razonando van de amores,  
De amores, que no de ál;  
Ni de los Moros han miedo,  
Ni dellos nada se dan.

Con el placer de ambos juntos  
No cesan de caminar,  
De noche por los caminos,  
De dia por los jarales,

Comiendo las yerbas verdes,  
Y agua, si pueden hallare,  
Hasta que entraron en Francia  
Y en tierra de cristiandad.

Si hasta alli alegres fueron,  
Mucho mas de alli adelante.  
Á la entrada de un monte  
Y á la salida de un valle

Caballero de armas blancas  
De lejos vieron asomare.  
Gaiferos, desque lo vido,  
La sangre vuelto se le hae,

Diciendo á su señora:  
„Esto es mas de recelare;  
Que aquel caballero que asoma,  
Gran esfuerzo es el que trae.

„Que sea Cristiano ó Moro,  
Fuerza será pelear;  
Apeáosvos, mi Señora,  
Y vení de mí á la pare.“

De la mano la traía,  
No cesando de llorare.  
Lléganse los caballeros,  
Comienzan aparejare

Las lanzas y los escudos  
En son de bien pelear; e  
Los caballos ya de cerca  
Comienzan de relinchare.

Mas conociólo Gaiferos,  
Y empezara de hablare:  
„Perded cuidado, Señora,  
Y tornad á cabalgare;

„Que el caballo que alli viene,  
Mio es en la verdade;  
Yo le dí mucha cebada.  
Y mas le entiendo de dare.

„Las armas, segun que veo,  
Mias son otro que tale;  
Y aun aquel es Montesinos,  
Que á mí me viene á buscare;

„Que cuando yo me partí,  
No estaba en la ciudad.“  
Plugo mucho á Melisendra  
Que aquello fuese verdade.

Ya que se van acercando  
Casi jntos á la pare,  
Con voz alta y crecida  
Empiézanse de interrogare.

Conócense los dos primos  
Entonces en el hablare;  
Apeáronse á gran priesa,  
Muy grandes fiestas se hacen.

Desque hubieron hablado,  
Tornaron á cabalgare;  
Razonando van de amores,  
De otro no quieren hablare.

Andando por sus jornadas  
En tierra de cristiandade,  
Cuantos caballeros hallan,  
Todos los van compañare,

Y dueñas á Melisendra,  
Doncellas otro que tale.  
Al cabo de pocos dias  
Á Paris van á llegare.

Siete leguas de la ciudad  
El emperador les sale;  
Con él sale Oliveros,  
Con el sale Don Roldan,

Con él el Infante Guarinos,  
Almirante de la mare;  
Con él sale Don Bernudez  
Y el buen viejo, Don Beltran;

Con él muchos de los doce,  
Que á su mesa comen pane;  
Y con él iba Doña Alda,  
La esposica de Roldan.

Con él iba Julianesa,  
La hija del rey Julian,  
Dueñas, damas y doncellas  
Las mas altas de linage.

El emperador abraza su hija,  
No cesando de llorare;  
Palabras que le decia,  
Dolor eran de escuchare.

Los doce á Don Gaiferos  
Gran acatamiento le hacen;  
Tiénelo por esforzado  
Mucho mas de alli adelante,

Pues que sacó á su esposa  
De muy gran captividade.  
Las fiestas que le hacian,  
No tienen cuento ni pare.

Un poeta llamado Miguel Sanchez, que escribió en el siglo XVII., trata el mismo argumento en un romance mas corto y atestado de sentencias, el cual es como sigue:

„Oid, Señor Don Gaiferos,  
Lo que como amigo os hablo;  
Que los dones mas de estima  
Suelen ser consejos sanos.

„Dejad un poco las tablas;  
Escuchadme lo que entramos  
Debemos á hijosdalgo.

„Melisendra está en Sansueña,  
Vos en Paris descuidado,  
Vos ausente, ella muger;  
Harto os he dicho, miraldo.

„Assegúraos su nobleza;  
Mas no os asegure tanto;  
Que vence un presente gusto  
Mil nobles antepasados.

„De Cárlos el rey es hija;  
Mas es muger, y ha mas años  
La mudanza en las mugeres  
Que no la nobleza en Cárlos.

„Si enferma es la voluntad,  
Morirán respetos altos;  
Que no basta sangre buena,  
Si el corazon no está sano.

„Galanes Moros la sirven;  
Y aunque Moros, recelaldos;  
Que sin duda querrá un Moro  
La que olvidare un Cristiano.

„Diferentes son las leyes;  
Mas no hay ley en pecho humano,  
Cuando llega á ser el alma  
Idólatra de un cuidado.

„Las mugeres son espejo,  
Que viendo vuestro retrato,  
Si os descuidais y otro llega,  
Hará con el otro tanto.

„Su confuso entendimiento  
Es codicioso letrado,  
Que hace leyes siempre al gusto  
Del que llega á consultallo.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
COMISIÓN DE COLABORACIÓN

„Su memoria es mar revuelto;  
Que luego que pasa el barco,  
Si le buscais el camino,  
No hallareis senda ni rastro;

„Su voluntad mesonera,  
Que aloja á los mas extraños,  
Y olvida al que del umbral  
De sacar acaba el paso.

„No quiero deciros mas;  
Con esto de mi amor salgo,  
Mas adviérteos mi lengua  
Vuestro amor y mis agravios.“

D.

## 44.

*Describe con mas brevedad que en el anterior la cautividad de Melisendra, y como la libertó Gaiferos, llevándola á Francia.*

El cuerpo preso en Sansueña,  
Y en Paris cautiva el alma,  
Puesta siempre sobre el muro,  
Porque está sobre él su casa,

Que no allá con pasajeros,  
Jugando dados y cañas.

Vuelta en ojos Melisendra,  
Y sus ojos vueltos agua,  
Mira de Francia el camino,  
Y de Sansueña la playa.

„Que si quiere que sea Mora,  
Que otra cosa no me falta,  
Y amándole, no es posible  
Vivir un alma cristiana.“

Y en ella vió un caballero  
Que junto á la cerca pasa;  
Hácele señas, y viene;  
Que viene por quien le llama.

Tanto llora Melisendra,  
Que las razones no acaba.  
Don Gaiferos la responde,  
Alzándose la celada:

„Si sois Cristiano, le dice,  
Ó habeis de pasar á Francia,  
Preguntad por Don Gaiferos,  
Y decid que á cuando aguarda;

„No es tiempo de desculparme,  
Señora, de mi tardanza;  
Pues el no tenella agora  
No es de mucha importancia.“

„Que harto mejor le estuviera,  
Jugando acá por mí lanzas,

Dícele que aguarde un poco,  
Y en menos de un poco baja.  
Á ella en las ancas sube,  
Y él en la silla cabalga,  
Y á pesar de la morisma  
La puso dentro de Francia.

Queda contada en seis romances toda la historia de la hermosa Melisendra y de su marido jugador y descuidado Gaiferos, supuesto hijo de Cárlo Magno. Este romance sirvió á Lope de Vega de argumento para una composicion burlesca á modo de entremes. En el primer acto de esta se lamenta Don Gaiferos en el palacio de su padre en Paris por la cautividad de Melisendra, á la cual no puede él ir á dar ayuda en la prision de Sansueña, por hallarse muy necesitado. En esto le dan dineros y un caballo, y él asi socorrido se parte. En el segundo acto aparece la hermosa Melisendra en el torreón de Sansueña guardada por dos Moros, los cuales por buena fortuna de ella se quedan dormidos, dando motivo á la tierna esposa de Don Gaiferos á que exclame:

¡Dormios, verdugos fieros!

Preséntase entonces su marido al pie del terrado, y se trabá entre ambos una conversacion, en la cual intercala el poeta varios fragmentos de estos romances, como á continuacion aqui se expresa:

Melisendra.

Caballero, si á Francia ideas,  
Por Gaiferos preguntad.  
Decilde que la su esposa  
Se le envía á visitar.

Gaiferos.

Melisendra es, ¡vive Dios!  
Mas quiero disimular;  
Que vengo muerto de hambre,  
Y podría reventar.

Melisendra.

Pues no me quereis hablar,  
Déboos de ser enfadosa.  
Y si le habeis de buscar,  
Decilde que la su esposa  
Se le envía á encomendar.

Gaiferos.

No tengo mas sufrimiento.  
Don Gaiferos soy, Señora.

Acaba esta escena en llevarse Gaiferos á su muger, y entonces despiertan los guardas ya sobrado tarde. En seguida lleva el poeta la escena al palacio de Cárlo Magno, donde estando congregados los paladines en torno del emperador, llega un mensagero muy apresurado, y da cuenta en una relacion rápida, imitando y copiando los



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
BIBLIOTECA DE CULTURA

romances de todo cuanto ha pasado en España tocante al modo de dar libertad á Melisendra:

Salió de aqui Don Gaiferos,  
 Y apenas llegó á Sansueña  
 (No á Sansueña, á sus murallas),  
 Cuando vido á Melisendra.  
 En mirándola, caló  
 El príncipe la visera.  
 Desconoció luego luego  
 Gaiferos á Melisendra,  
 Ella en alto, y él en bajo,  
 Ella con pena, él con ella.

Despues de esta relacion, manda el emperador preparar una fiesta, y con salir á ella Gaiferos y Melisendra queda la farsa acabada.

Del mismo argumento hace uso Cervantes para uno de los mas chistosos episodios de su Don Quijote. Un titiritero representa delante de Don Quijote, Sancha Panza y algunos campechinos la historia de Melisendra. Cuando escapa la cautiva, tocan los Moros las campanas á rebato, á lo cual pone Don Quijote por reparo no usarse las campanas entre Moros, respondiendole á esto Maese Pedro que no hay que hacer alto en semejantes niñerías, y que muchas comedias famosas están llenas de desatinos semejantes. Continúa en esto la representacion, hasta que viendo el caballero de la Mancha aquella numerosa morisma corriendo fuera de la ciudad á dar alcance á los dos esposos cristianos fugitivos, pierde el seso, desenvaina la espada, y cae sobre los muñecos, acuchillándolos á derecha é izquierda hasta hacerlos añicos. **D.**

ROMANCES SOBRE BRAVONEL Y GUADALARA.

45.

*Bravonel, Moro de Zaragoza, amante de la hermosa Guadalará, se parte para Francia un m4rtes, haciendo alarde de su gente y galas vistosas. Admirante todos, pero llora Guadalará, temerosa de que se mude.*

Bravonel de Zaragoza  
Al rey Marsilio demanda  
Licencia para partirse  
Con 4l de Castilla 4 Francia.

Trataba amores el Moro  
Con la bella Guadalará,  
Camarera de la reina  
Y del rey querida ingrata.

Bravonel por despedida  
Y en servicio de su dama  
Hizo alarde de su gente  
Un m4rtes por la ma1ana.

Alegre amaneca el d4a,  
Y el sol mostrando su cara,  
Madrugaba para verse  
En los hierros de las lanzas.

Llevaba su compa1a  
Marlotas de azul y grana,  
Morados caparazones,  
Yeguas blancas alhe1adas.

Por el coso van pasando  
Donde los reyes aguardan;  
Colgada estaba la calle,  
Y la esperanza colgada.

Aguardaba todo el vulgo  
4 Bravonel y 4 su gala,  
Y la reina con ser reina  
4 todo el vulgo acompa1a.

Ya pasa el Moro valiente,  
Ya las voluntades paran;  
Mas muchas se van tras 4l,  
Que no es posible parallas.

No lleva plumas el Moro;  
Que como de veras ama,  
Juró de no componerse  
De plumas ni de palabras.

En la adarga berberisca  
Con su divisa pintada,  
Tan discreta como el dueño,  
Y como el dueño mirada,

Era una muerte partida,  
Que juntarse procuraba  
Con un letrado que dice:  
No podrás hasta que parta.

Delante el real balcon  
Hasta el arzon se inclinaba;

Hace á las damas mesura,  
Levantado se han las damas.

No se pudo levantar  
La hermosa Guadalajara;  
Que el gravo peso de amor  
Por momentos la desmaya.

Suplicó la reina al rey  
Que hubiese á la noche zambra,  
Y el rey, por dalle contento,  
Dice que mande aplazalla.

Toda la gente se alegra,  
Llorando está Guadalajara;  
Que es mártres, y hace sol,  
Cierta señal de mudanza.

## 46.

*Hácese una zambra por mandado del rey Marsilio, donde Bravonel trae su bizzarria. Disputa y pelea que se arma en medio de la fiesta por amoríos y celos.*

Avisaron á los reyes  
Que ya las nueve eran dadas,  
Y que Bravonel pedia  
Licencia para su zambra.

Juntos salieron á verla,  
Aunque apartadas las almas.  
Bravonel tiene la una,  
Y la otra Guadalajara.

De la cuadra de la reina  
Iban saliendo las damas;  
Guadalara viene en medio  
De Adalifa y Zelindaja,

Dos Moras que en hermosura  
Á todas hacen ventaja,

Y tambien en las desdichas  
De aficiones encontradas.

De morado y amarillo <sup>1)</sup>  
Está la sala colgada,  
Las alhombros eran verdes,  
Porque huellen de esperanza.

Á cierta seña tras esto  
Se oyeron á cada banda  
Concordados instrumentos  
Y penas desconcertadas.

Bravonel entró el primero,  
Y dando á entender que guarda  
Amor secreto y firmeza,  
Esta divisa sacaba:

1) Azul y verde.

Un potro de dar tormento  
 Entra coronas y palmas  
 Con una letra que dice:  
 Todas son para el que

calla  
 Azarque, primo del rey,  
 Muy azar con Zelindaja,  
 Abriendo puerta al rigor  
 De sus encubiertas ansias,

Traia en un cielo azul  
 Una cometa bordada  
 Y esta letra en sus rayos:  
 Cometa celos quien ama!

Záfiro por Adalifa  
 Un tiempo fue apasionado;  
 Mostró con esta divisa  
 De sus tormentos la causa:

Una viuda tortolilla  
 En seco ramo sentada,

Y un mote que dice así:  
 Tal me puso alguna mu-

danza  
 Guadalajara y Bravonel  
 Tiernamente se miraban;  
 Que cansados de penar,  
 De disimular se cansan.

Mucho se ofenden los reyes,  
 Y mucho el amor se ensalza  
 En ver que allanan sus flechas  
 Á las magestades altas.

Azarque y Záfiro hubieron  
 Sobre no sé qué palabras;  
 Si lo supe, celos fueron  
 De Adalife y Zelidaja.

Pierden al rey el respeto,  
 Paró la fiesta en desgracia;  
 Que entré celos y sospechas  
 No hay danza sino de espadas!

CONSEJERÍA DE CULTURA

47.

*Caminando Bravonel á Francia, llega á Tudela de Navarra, donde á orillas del Ebro cuenta sus penas y amores á las ondas del río, y despues trueca su divisa por otra nueva.*

Alojó su compañía  
 En Tudela de Navarra  
 Bravonel de Zaragoza,  
 Que va caminando á Francia.

Con sus mansas ondas Ebro  
 Parecia que llamaba  
 Á la esquina de un jardín  
 Frontero de su ventana.

El Moro finge que son  
 Amigos que le avisavan

Que pasan por Zaragoza,  
 Y que vea si algo manda.

„ Amadas ondas, les dice,  
 De vosotras fio el alma,  
 Y estas lagrimas os fio;  
 Si no son muchas, llevaldas.

„ Pasais por junto á un balcon  
 Hecho de verjas doradas,  
 Que tiene por celosías  
 Clavellinas y albahacas.

„Alli me cumple que todas  
Gritando mostreis las ansias  
De este capitan de agravios  
Que va caminando á Francia.

„Y si por dicha saliere  
Á miraros Guadalará,  
Procurad que entre vosotras  
Vea mis lágrimas caras.

„Mal he dicho; no las yea,  
Que me corro de llorallas,  
Y de que en mi pecho duro  
Cupiesen tiernas entrañas.

„El Bravo me llama el vulgo,  
No se desmienta mi fama;  
¡Fuera, enredos de amor,  
Que me embarazais las armas!“

Tras esto oyó que al marchar  
Tañen trompetas bastardas,  
Y que aguardan sus ginetes.  
Le dijo un cabo de escuadra:

Quitó la partida muerte,  
Divisa agorera y mala,  
Y en su bandera ponía,  
Adivinando bonanza,

Encima de un nuevo mundo  
Con grande vuelta una espada,  
Y en arábigo esta letra:  
Para la vuelta de Francia.

Alegróse Bravonel,  
Y en un hobero cabalga,  
Diciendo: „¡Para la vuelta  
No es un mundo mucha paga!“

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife

48.

CONSEJERÍA DE CULTURA

*Pena de Guadalará por la ausencia de Bravonel, y por ver que se opone á sus amores el rey. Como divierte su dolor y emplea su tiempo en memorias de su ausente.*

Despues que al mártir triste  
Mostró alegre el sol la cara,  
Tiene la suya cubierta  
La hermosa Guadalará.

No quiere ver ni ser vista,  
Despues que Bravonel falta,  
Ni mostrar el rostro alegre,  
Porque tiene triste el alma.

Mucho siente el acordarse  
De la noche de la zambra,  
Fin de toda su alegría,  
Y principio de sus ansias.

Acuérdase de la empresa  
Que su Bravonel llevaba,  
Y suspirando decia:  
Todas son para él que calla.

Procura encubrir su pena,  
No quiere comunicalla,  
Porque no pierde la fuerza  
El dolor que el alma pasa.

No advierte cual mal se encubre  
El fuego que el alma abrasa,  
Porque el humo <sup>1)</sup> ha de salir  
Por los ojos del que calla.

1) El fuego.

Crecen celos y sospechas,  
Y con ausencia tan larga  
Está cierta de que quiere,  
Dudosa, si es olvidada.

Pasados bienes la afligen,  
Presentes males la cansan,  
Esperanzas la entretienen,  
Desconfianzas la acaban.

Dobla el llanto, porque el rey  
Mandó á las guardadamas,  
Que non consientan que escriba  
Á Bravonel, Guadalara,

Creuyendo que larga ausencia  
Causará en ella mudanza,  
Y que así le vendrá á ser  
Agradecida su ingrata.

Y para aliviar su pena,  
No pudiendo escribir carta,  
Pensando en su Bravonel,  
Pidió una rica almohada.

Sobre un tafetan leonado,  
Color que á tristes agrada,  
Mostrando firmeza y pena,  
Un alta peña labraba.

Y que della nace un río,  
Que de un prado marchito baña,  
Y en lengua mora esta letra:  
Muy mayor es Guadalara.

Y en esto pasa la vida,  
Que es muerte desastrada,  
Hasta ver á Bravonel,  
Que es de sus penas la causa.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalif  
49. DE CULTURA

*Estando escribiendo Guadalara á Bravonel á orillas del Ebro, ve en las ondas señales de su ausente. Vuelta á hablar con el río, deja la carta, y llegando el rey, se la arrebató y rasgó, con lo que ella despechada se retiró.*

Á las sombras de un laurel,  
Y junto de una fuente clara,  
Do vertía sus cristales,  
En una negra pizarra

En las riberas famosas,  
Que el agua del Ebro baña,  
Y en un jardín do tenía  
El rey Marsilio á sus damas,

Con pluma, tinta y papel  
Sentada está Guadalara,

Escribiendo sus pasiones,  
Á quien de ellas es la causa.

En árabigo le escribe,  
Y aljofarando su cara,  
Á cada letra que pone  
Parece que se desmaya.

Saltó la pluma en el suelo,  
Papel y tinta turbada,  
Y turbado el pensamiento,  
Acude apriesa á la brama,

1) Á la playa.

Como aquella que adivina  
Que de su Moro las aguas  
Alegre nueva la traen,  
Con que alegra tanto el alma.

El rio contra costumbre  
Y las aguas luego paran,  
Mostrando que Bravonel  
En ellas está y no habla.  
Mira la Mora el misterio  
De las aguas y descansa.  
„Amadas ondas, les dice,  
Del corazon y del alma,  
„Aunque mudas, por las señas  
Me descubris á la clara  
Que vistes á Bravonel  
En Tudela de Navarra.  
„Decisme que quedo triste;  
Mas triste quedo mi alma,

Pues de día no reposo,  
Menos de noche en la cama,  
„Que el martes, cuando partió,  
Salió el sol con tal pujanza,  
Diferente á las divisas  
Que mi Bravonel llevaba.  
En esto llegó la reina  
Y el rey con todas sus damas,  
Y viendo en tierra un papel,  
Para alzarlo se abaja.  
Leyóle el rey para sí,  
Y en leyéndole le rasga,  
Porque no digan las gentes  
Que es de alguna de sus damas.  
Al ruido de los reyes  
Dejó el rio Guadalara,  
Mas no pudo ser tambien  
Que el rey no la sintió y calla.

*Vuelve Bravonel victorioso de Francia á Zaragoza, donde se encuentra con su Guadalara.*

Con valerosos despojos  
Del valor que tuvo en Francia  
Su gallardo y fuerte brazo,  
En Tudela de Navarra  
Entra bravo Bravonel,  
Alegre de su esperanza,  
Y él mismo lleva la nueva  
De la sangrienta batalla.

Y puesto junto á un balcon  
Hecho de verjas de plata,  
Solo por los ojos negros  
Reconoce á Guadalara,  
Porque todos de un metal  
Le parecen á quien ama,  
El fino oro los cabellos,  
Lo blanco plata cendrada.

Miraba el vestido verde,  
Y las mejillas miraba,  
Y el Moro finge que son  
Clavellinas y albahacas.

Las clavellinas le encienden,  
La albahaca le desmaya;  
Que es de natura en amor  
Una esperanza muy alta.

Suspense está Bravonel,  
Guadalara muda estaba,  
Aunque los ojos de entrambos  
Con lenguas de amor se hablan.

Bravonel es un héroe moro, pero de la España septentrional, al cual mezcla la tradición popular con los héroes y tiempos de la caballería antigua. En esta recopilación la historia de los amores de Bravonel y Guadalara da argumento á seis romances, y aun hay séptimo, que empieza:

Bravonel de Zaragoza,

Y este Moro de Villalba,

Hijo de Celin Gomel;

en el cual de concierto con Celin Gomel enamora á la linda Mora Zaida, quedándose ella

Neutral entre ambas partes.

Pero esta composición no debe de corresponder á la serie de romances donde se celebran los amores de Bravonel y Guadalara. Duran pone estos siete romances de Bravonel entre los moriscos; pero es probable que son de origen español y no árabe. **D.**

Respetando las razones del Señor D., pueden darse por bien colocados entre los romances caballerescos los de Bravonel, pues se le supone de Zaragoza, y la historia fabulosa de los Moros de esta ciudad mas enlazada está con la de Carlo Magno que con la de los Moros andaluces. De estos últimos tratan los romances moriscos mas particularmente, si bien tambien hablan alguna vez de Moros de Cuenca ó de Toledo y algun otro lugar de Castilla. Pero por otra parte el estilo y tono de estos romances es idéntico al de los moriscos y desemejante del lenguaje de los caballerescos, viéndose claro ser composiciones modernas. Y en cuanto á su ser ellos de origen árabe, otro tanto sucede con casi todos si no todos los romances moriscos, como ya queda dicho en la introducción, como el mismo Señor D. reconoce, y como tal vez habrá ocasion de volver á notar mas adelante.

**A. G.**

ROMANCES SOBRE RUGERO.

51.

Rugero quita la vida á Rodamonte, que vino á retarle con descortes arrogancia, estando junto á Bradamante su esposa en presencia de Carlo Magno.

Rotas las sangrientas armas,  
 El cuerpo ya desangrado,  
 Despedazado el escudo,  
 Con el estoque quebrado  
 Sale el fuerte Rodamonte,  
 De vida y alma privado,  
 Por el vencedor Rugero,  
 Que la victoria ha alcanzado.  
 Matólo, porque á la mesa  
 Estando junto al rey Carlos  
 Con la bella Bradamante,  
 Con quien estaba casado,  
 Armado de negras armas,  
 Negro el escudo y caballo,  
 Aunque con la blanca espuma  
 Parece el freno argentado.

Y sin hacer reverencia  
 Á la persona de Carlos,  
 El soberbio y perro Moro  
 Á Rugero así le ha hablado:  
 „Yo soy el rey de Argel, traí-  
 dor Rugero,  
 Que en este campo y cruel ba-  
 talla  
 Probar tu gran traicion por  
 muerte espero;  
 Que mal podrás, Cristiano, ya  
 sobre negalla.  
 „Y si por miedo tú y algun  
 guerrero  
 Se quisiere ofrecer, quiero acep-  
 talle;  
 Y por tener en mi verdad  
 respeto,  
 Al campo tres de tí pido y  
 aceto.

*Enhorabuenas que dan á Rugero por haber muerto á Rodamonte los paladines y el emperador, y ternezas de Bradamante su esposa.*

Rendidas armas y vida  
De Rodamonte el bravo,  
Y el victorioso Rugero  
Va entre el rey sobrino y Cárlos.

Con los ojos se regalan,  
Rostro con rostro juntando,  
Y sosegándose un poco,  
Bradamante se ha esforzado,

„¡Viva Ruger, Ruger viva!“  
Va la gente pregonando,  
Y entré el regocijo vienen  
Danes, Oliver y Orlando.

Y dícele: „Mi Rugero,  
Descanso de mi cuidado,  
En deuda me estais, Señor,  
Del sobresalto pasado.

Viene Astolo y Ricardeto,  
Baldovinos y Ricardo,  
Y los dos, tío y sobrino,  
Malgesi y Don Reinaldos.

„Cuando en la batalla os via  
Con tan soberbio contrario,  
Temia de mi ventura  
Y fiaba en vuestro brazo.

Entre aquestos paladines,  
Que á Ruger sacan del campo,  
¡Cuan gallarda va Marfisa  
Con el cuerpo bien armado!  
Que aunque no dudó el suceso,  
Al fin, como era su hermano,  
Sacó el cuerpo apercebido  
Y la alma puesta en cuidado.

„Dos mil vidas diera juntas,  
Por ser el desafiado,  
Y en menos las estimara  
Que en vos el más fácil daño.“

A los corredores sale,  
Cuando entraban en palacio,  
La contenta Bradamante,  
Vivos colores mudando.

„Con dos contrarios pelea  
Quien tiene conmigo campo,  
Y así llamarse pudiera  
Aquel Sarracino á engaño.“

Adelántase de todos,  
Y á su Rugero mirando,  
Antes que llegue, le abraza,  
Los brazos al aire echando.

No se dicen más ternezas,  
Porque no los han dejado;  
Que llega la emperatriz,  
Y por otra parte Cárlos.

Quando los cuerpos se juntan,  
Y se enlazan con los lazos,  
No se hablan, aunque quieren,  
Con el contento turbados.

Suenan dulces instrumentos,  
Y los paladines francos  
Juegan cañas y tornean  
En la plaza de palacio.

En una isla desierta está Angélica tendida en la playa, para ser comida por un monstruo marino. Viene en su ayuda Rugero, que, asistido de encantos, se apresta á combatir con la fiera. La beldad esquiva á merced de un anillo encantado huye sin ser vista, temiendo á su libertador tanto quanto á sus contrarios.

En una desierta isla  
Tendida en la fría arena,  
Á un duro tronco amarrada  
Está Angélica la bella;  
Que unos cosarios la tienen  
Para manjar de una fiera  
Que habita el mar furioso  
Y tiene el sustento en tierra,  
Y solo de carne humana  
Su fiero cuerpo sustenta,  
Cuando el valiente Rugero  
Por aquella parte allega,  
El cual, como así la vido,  
No sabe si duerme ó sueña,  
Que está atónito de ver  
Tan acabada belleza,  
Y estándola así mirando,  
Un ruido grande suena,  
Y es que la bestia marina  
Viene á comer la doncella.  
Rugero trae un escudo  
Obrado por tal manera,  
Que quitándole un cendal,  
Su gran luz la vista ciega,  
Y porque su claridad  
Á la doncella no empeza,  
Sacó un anillo encantado  
De extraña virtud y fuerza;  
Que ningún encantamento  
No le daña á quien le lleva.

Y así le puso al momento  
En la mano blanca y bella,

Y habiéndola desatado  
Del tronco donde está puesta,  
Se apercibe á la batalla  
Con la temerosa fiera:

Angélica reconoce  
Que el anillo que le diera  
Era suyo y le fue hurtado  
Por un ladrón en su tierra.

Y como la que bien sabe  
Su extraña virtud y fuerza,  
Mudó al momento el anillo  
Del dedo á la boca bella,

Y luego desaparece,  
Como á la boca le llega,  
Y así se va por el campo  
Sin que Rugero la vea.

Y saliendo con victoria  
De aquella lid tan sangrienta,  
Se vuelve muy descuidado  
Á buscar la dama bella.

Y como reconoció  
El engaño en que cayera,  
Así á lamentar su suerte  
Comienza desta manera:

„Ingrata dama, si este bien me  
has dado por el engaño,  
Agora por engaño manifiesto,  
Pues el anillo rico me has lle-  
vado,

Que era dártelo en don, to- Solo muestra la faz que aquí  
mando el resto, me escondes,  
Toma el escudo y el caballo alado, Ingrata, que hoy es dura, y  
Y á mí te doy sin otro presupuesto. no respondes."

54.

*Bradamante llora ausente á Rugero su esposo, y tras de llorarle se arma y va en su busca.*

Suelta las riendas al llanto,  
Celoso el pecho y airado,  
La hermosa Bradamante,  
Llena de angustia y cuidado

Llora de Ruger la ausencia,  
Pensando haberla olvidado;  
Arranca un suspiro y otro  
Que encendiera un pecho helado;

Mesa sus rubios cabellos;  
En que el amor ha enlazado,  
Ganándole por despojos  
Aljaba, flechos y arco.

Revuelve en el pensamiento,  
De vestir arnes tranzado,  
Para buscar su Rugero,  
Á quien ya la palma ha dado.

„¿Qué es de tí? do estás, Ru-  
gero, al ausente á

Mi bien, mi dulce cuidado?“  
Marrano llámale en fé,  
De razon y amores falto.

No puede acabar consigo;  
Que va amor tan arraigado,  
Se le volviere al revés  
De lo que siempre ha mostrado.

„¡Ay bellos ojos, luceros  
Que alumbraban mi cuidado!

„Quien pudo tanto con vos,  
Que á Bradamante heis dejado?

„Vuelve, vuelve, dulce prenda,  
Cumple el término aplazado,  
Antes que la muerte horrenda  
Me prive de ejecutallo.

„Pueda amor de tanto tiempo,  
Más que un hora de regalo.  
No dejes, Ruger, morir  
Á quien el pecho has robado.

„Mueva tu amor á piedad  
Este rostro delicado  
Que en lágrimas de sus ojos  
Le verá estar bañado.

„Quien hizo naturaleza  
En todo tan extremado,  
No es bien que se diga del  
Que la palabra ha falsado.“

Llora, solloza y suspira,  
Llama siniestro á su hado;  
Envía al cielo sus quejas,  
Á la fuente, rio y prado.

Vuelve con doblada furia,  
Con furor único y raro  
Llama su dulce Rugero:

„¡Ruger, vuelve!“ y va á abra-  
zallo.

Anda aquí y allí rabiosa,  
Mil veces vuelve á llamarlo.  
Cuando el eco la responde,  
Piensa que Ruger la ha hablado.

Entre estas celosas quejas:  
Vuelve y dice: „Ah esforzado,  
Pecho de la sangre ilustre  
De Claramonte y Mongraño,

„No soy Bradamante, dice,  
De quien fuiste enamorado;  
No te escondas; no soy esta,  
Porque en tí me ha trasformado.

„¿Tan presto, di, te olvidaste  
De quien eras, dé tu estado?  
¿Tan presto y tan sin respeto  
Desdeñas mi amorpreciado?

„¿Piensas que caminas solo?  
Caminas acompañado  
De mi triste corazón,  
Que en el tuyo se ha forjado.

„No llores mas, tente, basta,  
No aflojes la rienda tanto;  
Toma tu lanza de oro,  
Salta en tu caballo ajado.“

„Vuelve esos ojos tan bellos,  
Verás mi pecho abrasado;  
No tardes, dichoso Moro,  
Porque el tardarte es pesado.

Dijo, y con furiosa rabia  
En un retrete se ha entrado;  
Ármase el peto y la cofia,  
Espaldar y arnes tranzado,

„Aplica á este mal remedio,  
Mira cuan mal me ha tratado.  
Solo, Rugero, en tí está;  
Que en otro no hay remediallo.“

Y pártese Bradamante  
Á buscar su enamorado,  
Revolviendo todo el mundo  
Sin vagar y sin descanso.

55.

*Entra Rugero en Paris ante Cárlo Magno el emperador á hacerse Cristiano, acompañándole Roldan.*

En un caballo ruano,  
De huello y pisar airoso,  
Fuerte, vistoso y galano  
Entra en Paris el famoso  
Rugero á hacerse Cristiano.

Dese que Roldan se llama,  
Con otros de grande estado.

Y como el bravo guerrero  
Se hubiese puesto aquel día  
Bizarro en traje extranjero,  
Toda la corte decía:

Paladin es de gran fama,  
Lleva Rugero á su lado.  
Alegres y satisfechos,  
Y sus personas honrando,

„¿Cuan gallardo entra Rugero!  
Entra el Moro acompañado

Van á palacio derechos,  
Donde el rey está aguardando.  
Estaba con gran decoro  
Don Cárlos representando

Su magestad y tesoro.  
 Á cuyo faraute hablando,  
 De rodillas dijo el Moro:  
 „Buen Cárlos, dame la mano;

„Que aunque no te he servido,  
 Yo soy Rugero el pagano,  
 Que á tus cortes he venido  
 Para volverme Cristiano.“

**Camina mal herido y lloroso un caballero moro, - al cual dos caballeros cristianos han quitado á Angélica.**

Por una triste espesura  
 En un monte muy subido  
 Vi venir un caballero  
 De polvo y sangre teñido,

Dando muy crueles voces  
 Y con llanto dolorido.  
 Con lágrimas riega el suelo  
 Por lo que le ha sucedido;

Que le quitaron á Angélica  
 En un campo muy florido  
 Dos caballeros cristianos  
 Que en rastro dél han venido.

Y viéndose ya privado  
 Del contento que ha tenido,  
 Sin su Angélica y su bien  
 Va loco por el camino.

Desmayado iba el Moro,  
 Con diez lanzadas herido;

Pero no se espanta deso,  
 Ni se daba por vencido;

Que en llegando á una verdura  
 Del caballo ha decendido,  
 Para atarse las heridas,  
 Que mucho sangre ha perdido.

Y con el dolor que siente  
 En el suelo se ha tendido;  
 Y con voces dolorosas  
 Triste, ansioso y afligido

Maldecia su ventura  
 Y el día en que había nacido,  
 Pues no se podía vengar  
 Deste mal que le ha venido.

Y estando en esta congoja,  
 El gesto descolorido,  
 Dando suspiros al aire,  
 El alma se le ha salido.

robustez y obediencia... con el sereno... Y...  
y hallar el nono... Y...  
obediencia... obediencia...

**ROMANCES SOBRE ANGÉLICA E MEDORO.**

57.

*Viniendo mal herido Medoro, le encuentra Angélica, y quedando prendada de su hermosura, le recoge y asiste.*

Enuelto en su roja sangre,	„De mi muerte no me pesa,
Medoro está desmayado;	Pues lo permitió mi hado;
Que el enemigo furioso	Pésame de no acabar
Por muerto le había dejado.	Lo que había comenzado,
Y el ser leal á su rey	„Y de ver que no he podido,
Le ha traído á tal estado,	Estando tan obligado,
Los ojos vueltos al cielo,	Cumplírseme esté deseo,
Y el cuerpo todo temblando;	Pues muriera consolado.
De color pálido el rostro,	„De todo perdona, Rey;
Y el corazon traspasado;	Que pues no quiso mi hado
Lleno de heridas mortales,	Que estuviera á tus obsequias,
Por un lado y otro lado.	Bien estuera desgraciado.“
Pero al fin con flaco aliento	Y estando en esta congoja,
Y el espíritu cansado	Angélica que ha llegado,
Dijo: „Rey y Señor mio,	Que por caminos y sendas
Perdona que no te he dado	Huyendo andaba de Orlando,
„La sepultura devida	Reparó viendo á Medoro,
Á cuerpo tan esforzado;	Y el cuello y rostro ha mirado.
Mas yo muero por cumplir	Sintió un no sé que en el pecho,
Con lo que estaba obligado.	Que el corazon le ha robado.“

Y así el corazón más duro      Vencido y enamorado;  
De los que el cielo ha criado      Y con esta novedad  
Está rendido y medroso,      Se siente todo abrasado.

No se acierta, porque entre los romances sobre Angélica y Medoro no ha querido el Señor D. poner el de Góngora, y que es tan famoso y merece serlo, pues si tiene faltas, presenta primores y perfecciones de primera clase y en abundancia. Quintana, que llama a Góngora el rey de los romances, cita algunos retazos del de Angélica y Medoro como el mejor modelo de esta clase de poesía:

Todo es gala el Africano,  
Su vestido espira olores,  
El lunado arco suspende,  
Y el corvo alfange depone.

Tórtolas enamoradas  
Son sus roncós atambores,  
Y los volantes de Venus  
Sus bien seguidos pendones.

Desnuda el pecho anda ella,  
Vuela el cabello sin órden,  
Si le abrocha es con claveles,  
Con jasmínes, si le coge.

Todo sirve á los amantes,  
Plumas lea baten veloces  
Airecillos lisongeros,  
Si no son murmuradores.

Los campos les dan alfombras,  
Los árboles pabellones,  
La apacible fuente sueño,  
Música los ruiseñores.

Los troncos les dan cortezas  
En que se guarden sus nombres  
Mejor que en tablas de mármol  
Ó que en láminas de bronce.

No hay verde fresno sin letra,  
No hay blanco chopo sin mote;  
Si un valle Angélica suena,  
Otro Angélica responde.

Duran, crítico de otra y más moderna escuela, saca de la misma composición argumentos en defensa del romanticismo contra el falso clasicismo.

A. G.

58. *Estánse enamorando Angélica y Medoro; los sorprende Orlando, y furioso de celos echa mano á la espada.*

Regalando el tierno bello  
De la boca de Medoro,  
La bella Angélica estaba  
Sentada al tronco de un olmo.  
Los bellos ojos le mira  
Con los suyos piadosos,  
Y con sus hermosos labios  
Mide sus labios hermosos.

¡Ay Moro venturoso,  
Que á todo el mundo tie-  
nes envidioso!

Convaleciente del cuerpo  
Estaba el dichoso Moro,  
Y tan enfermo del alma,  
Que al cielo pide socorro.

Enternecida á las quejas  
Angélica de Medoro,  
Le cura con propia mano,  
Y queda sano del todo.  
¡Ay Moro venturoso, etc.

Á las quejas y dulzuras  
Que los dos se dicen solos,  
Descubriéndolos el eco,  
Orlando llegó furioso,  
Y viendo á su yedra asida  
Del mas despreciado tronco,  
Pone mano á Durindana,  
Lleno de celos y enojo.  
¡Ay Moro venturoso, etc.

Esta serie de romances es de origen moderno ó imitada toda de los poetas italianos, como advierte con razon Duran.

### CONSEJERÍA DE CULTURA

Las octavas en que terminan los romances 51 y 53, así como el estilo y la versificación, son nuevas pruebas de lo moderno de estas cinco composiciones sobre Rugero. Sabido es que la octava fue usada primero en España por Boscan y Garcilaso, aunque el endecasílabo habia sido usado mucho antes, pero rara vez.

A. G.

59. *Recoge Angélica á Medoro, y agasajándole, se le lleva consigo.*

Sobre la desierta arena  
Medoro triste yacia,  
Su cuerpo en sangre bañado,  
La cara toda teñida,  
Con tristes ansias diciendo:  
„Grande ha sido mi desdicha;

Por ser leal á mi rey,  
Pierdo cuitado la vida,  
„No me pesa tanto desto,  
Que muy bien está perdida,  
Como de ver que he quedado  
Muerto en esta arena fria.

„Aunque me coman las fieras  
En esta sola campiña,  
No habrá quien de mí se duela,  
Ni me tenga compañía.

„Sintieronme los Cristianos;  
Y lo paga el alma mia,  
¡O si quisiese ya Febo  
Alumbrarme estas heridas!“

Y hablando tristamente  
Con las ansias que sentia,  
Vido á Angélica la bella  
Que de su amor se rendia;

Y cómo vió á su Medoro  
Tendido en la verde orilla,  
Movida de compasion,  
Para él derecho se iba,

Y del palafren se apea.  
Desta manera decia:

„No temas, buen Caballero,  
Pues pareces de alta guisa;

„Que á los casos de fortuna  
El valor los resistia.“  
Por el campo anda buscando  
Si halla alguna medicina.

Las yervas que son mejores  
Entre las piedras molia;  
Ya se las pone al Infante  
En las mayores heridas.

Si el Moro tiene dolor,  
Ella no tiene alegría.  
Mirando estaba á Medoro,  
Que mas que á sí lo queria;

Súbelo en su palafren,  
Y Angélica á pie camina.  
Sin sentir jamas cansancio.  
Con su Medoro se iba,  
Triunfando con gran contento  
De todo el reino de Ungría.

*Orlando rabia de celos al tener nuevas y ver señas de como se gozan Angélica y Medoro enamorados.*

Entre los dulces testigos  
De la gloria de Medoro,  
Fuentes, árboles, jazmines,  
De las ninfas bello coro,

Donde el Moro bien andante  
Gozó del dulce tesoro  
De aquella bella hermosura,  
Enlazada en lazos de oro,  
Está el valeroso Orlando,  
Vuelto una fuente de lloro,

Diciendo entre mil suspiros:  
„¡Ay felicísimo Moro!“

Dicele: „Fiero enemigo,  
¿Qué es del sol por quien yo lloro?  
Agora gozas la lumbre  
Por quien en tinieblas moro.

„Pues tienes rendida el alma  
De aquella á quien yo adoro,  
Yo te sacaré la tuya;  
Si de este estado mejor.

„Bien sé que con tal venganza. Luego con rabiosa basca,  
 El ser de Orlando desdoro; Bramando cual bravo toro,  
 Pero el amor me disculpa, Se embravece contra sí,  
 Que á nadie guarda el decoro.“ Aumentando mas su lloro.

## 61.

Al leer Orlando letras y motes, donde Angélica y Medoro de-  
 claran su mutuo amor, y como le gozaban, da rienda á su furia,  
 y hace destrozos de cuanto le rodea.

„Aqui gozaba Medoro. La coluna deja entera,  
 De su bella deseada. Como lo está su esperanza,  
 A pesar del paladino. Que confiesa ser mas firme  
 Y de los Moros de España. Que no el valor de sus armas.“

„Aqui sus hermosos brazos, Entrando la casa adentro,  
 Como yedra que se enlaza. Vió pintada en una cuadra  
 Ciñieron su cuello y pecho. La amarilla y fiera muerte,  
 Haciendo un cuerpo dos almas.“ Que á los pies de un niño estaba.

Estas palabras de fuego, Conoció que era el amor  
 Escritas con una daga. En las flechas y la aljaba,  
 En el mármol de una puerta. Y unas letras que salian  
 El conde Orlando miraba. De las manos de una dama.

Y apenas leyó el renglon. Lo que decian repite,  
 De las postreras palabras. Como quien no entiende nada;  
 Cuando con voces de loco. Que en males que vienen ciertos,  
 Echó mano á Durindana. Es gloria engañar al alma.

Y dando sobre las letras. Las letras dicen: „Medoro,  
 Una y otra cuchillada. El grande amor de su esclava  
 Con el encantado acero. Ha de vencer á la muerte;  
 Piedras y centellas saltan. Que aun muerto vive quien ama.“

Que de palabras de amor. No tiene el conde paciencia;  
 No solamente en las almas. Que alborotando la sala,  
 Que en las piedras entra el fuego. Despedaza cuanto mira,  
 Y dellas sale la llama. De amor injusta venganza.

En algunas ediciones falta la cuarteta; que aquí va la última, y está impresa en otras, la cual comienza: *probado el mundo*

Lo que dice, y lo que siente,  
Entiéndalo quien bien ama,  
Si sabe el mal que son celos,  
Que llaman muerte de rabia.

D.

*Herido mortalmente Agrican se vuelve Cristiano, y recibe al morir el bautismo de la mano que le venció y dió el golpe mortal.*

Roja de sangre la espuela,  
De la hijada del caballo,  
Rojo el pretal y la cincha,  
Y el freno hecho pedazos;

Despedazado el escudo,  
Y el fuerte peto acerado,  
Y hecha sierra la espada,  
Sin vigor ni fuerza el brazo;

Abierta media cabeza,  
De un golpe de espada bravo;  
Que no pudo resistillo  
El fuerte yelmo encantado;

Junto á una pequeña fuente,  
Recostado en un peñasco,  
Estaba el fuerte Agrican,  
Para volverse Cristiano.

Compañía tiene á solas  
Quien le acompañó en el campo,

Cuando con armas iguales  
De las suyas hizo estrago.

Allí le dió agua de fé,  
Aquella invencible mano  
Que nunca se vió vencida  
Jamás de ningún contrario.

Venia la noche oscura,  
Y el claro sol eclipsado,  
Con agua y espesas nubes  
Turbando los aires claros;

Y con temerosos truenos  
En los valles resonando,  
Cubria la negra tierra,  
Relámpagos, piedra y rayos,

Cuando ya el cristiano rey  
El espíritu ha dejado,  
Dejándole el cuerpo frio  
Al paladin en los brazos.

63.

Los cazadores del rey se acercan á un castillo dicho de Maines.  
Allí una hermosa doncella precedida de condes y reyes está  
cautiva de Rico Franco el Aragonés, que ha quitado la vida á  
sus hermanos. La presa engaña á su tirano, y hallándose por  
arte con su cuchillo, con él le mata.

Á caza iban, á caza  
Los cazadores del rey;  
Ni hallaban ellos caza,  
Ni hallaban que traer.

Perdido habian los falcones,  
Mal los amenaza el rey;  
Arrimáranse á un castillo  
Que se llamaba Maines.

Dentro estaba una doncella  
Muy hermosa y muy cortes;  
Siete condes la demandan,  
Y así hacen reyes tres.

Robárala Rico Franco,  
Rico Franco Aragonés;  
Llorando iba la doncella  
De sus ojos tan cortes.

Halágala Rico Franco,  
Rico Franco Aragonés:

„Si lloras tu padre ó madre,  
Nunca mas vos los vereis.

„Si lloras los tus hermanos,  
Yo los maté todos tres.“

„Ni lloro padre ni madre,  
Ni hermanos todos tres;“

„Mas lloro la mi ventura,  
Que no sé cual ha de ser.“

Prestédesme, Rico Franco,  
Vuestro cuchillo lugnes;

„Cortaré fitas al manto  
Que no son para traer.“

Rico Franco de cortese  
Por las tachas lo fue tender.

La doncella que era artesa,  
Por los pechos se lo fue á méter.

Así vengó padre y madre,  
Y aun hermanos todos tres.

CONSEJERÍA DE CULTURA

**ROMANCES SOBRE EL CONDE ALARCOS.**

64.

*Quejase la Infanta al rey su padre de que el conde Alarcos se haya casado con otra muger, dejándola á ella, que por su amor ha despreciado un alto enlaced, y pide que el conde dé muerte á su muger, para darle á ella despues la mano. Despues de haberla reprehendido el rey flaco de propósito, acude á su ruego. Propone al conde el malvado hecho. Repúgnalo primero el marido; pero al cabo cede y promete cometer el delito. Barbárie con que es muerta la condesa, despues de separarla de sus hijos, niños tiernos, y no obstante sus quejas y ardor con que pide que no la maten. Castigo que da Dios á tan atroz delito en las personas de todos cuantos en él tuvieron parte.*

**R**etraída está la Infanta,  
Bien así como solia,  
Viviendo muy descontenta  
De la vida que tenia,

Vídola estar apartada,  
Sola está sin compañía;  
Su lindo gesto mostraba  
Ser mas triste que solia.

Viendo que ya se pasaba  
Toda la flor de su vida,  
Y que el rey no la casaba,  
Ni tal cuidado tenia.

Conociera luego el rey  
El enojo que tenia.  
„¿Qué es aquesto, la Infanta?  
¿Qué es aquesto, hija mia?

Entre sí estaba pensando  
Á quien se descubriria,  
Y acordó llamar al rey,  
Como otras veces solia,

„Contadme vuestros enojos,  
No tomeis malenconia;  
Que sabiendo la verdad,  
Todo se remediaría.“

Por decirle su secreto  
Y la intencion que tenia.  
Vino el rey, siendo llamado;  
Que no tardó su venida.

„Menester será, buen Rey,  
Remediar la vida mia;  
Que á vos quedé encomendada  
De la madre que tenia.

„Con vergüenza os lo demando,  
No con gana que tenia;  
Que aquestos cuidados tales  
A vos, Rey, pertenecian.“

Escuchada su demanda,  
El buen rey la respondia:  
„Esa culpa, la Infanta,  
Vuestra era, que no mia;“

„Que ya fuéades casada  
Con el príncipe de Hungría;  
No quisistes escuchar  
La embajada que venia.“

„Pues acá en las nuestras cortes,  
Hija, mal recaudo habia,  
Si no era el conde Alarcos,  
Que hijos y muger tenia.“

„Convidaldo vos, el Rey,  
Al conde Alarcos un dia;  
Y despues que hayais comido,  
Decilde de parte mia,“

„Decilde que se acuerde  
De la fé que dél tenia,  
La cual él me prometió,  
Que yo no se la pedia,“

„De ser siempre mi marido,  
Y yo que su muger seria;  
Yo fui dello muy contenta,  
Y que no me arrepentia.“

„Si casó con la condesa,  
Que mirara lo que hacia;  
Que por él no me casé  
Con el príncipe de Hungría.“

„Si casó con la condesa,  
Dél es culpa, que no mia.“  
Perdiera el rey en la oír  
El sentido que tenia;

Mas despues en sí tornado,  
Con enojo respondia:  
„No son estos los consejos  
Que vuestra madre os decia.“

„Muy mal mirastes, Infanta,  
Do estaba la honra mia;  
Si verdad es todo eso,  
Vuestra honra ya es perdida.“

„No podeis vos ser casada,  
Mientras la condesa viva.  
Si se hace el casamiento  
Por razon ó por justicia,“

„En el decir de las gentes  
Por mala sereis tenida.  
Dadme vos, hija, consejo,  
Que el mio no bastaria;“

„Que ya es muerta vuestra madre,  
Á quien consejo pedia.“

„Pues yo os lo daré, buen Rey,  
Deste poco que tenia:“

„Mate el conde á la condesa,  
Que nadie no lo sabria,  
Y eche fama que ella es muerta  
De un cierto mal que tenia,“

„Y tratarse ha el casamiento,  
Como cosa no sabida.  
Desta manera, buen Rey,  
Mi honra se guardaria.“

De allí se salia el rey,  
No con placer que tenia;  
Lleno va de pensamientos  
Con la nueva que sabia.

Vido estar al conde Alarcos  
Entre muchos, que decia:

„¿Qué aprovecha, Caballeros,  
Amar y servir amiga,“

„Siendo servicios perdidos,  
Donde firmeza no habia?  
No pueden por mí decir,  
Aquesto que yo decia;

„Que en el tiempo que servi  
Una que tanto queria,  
Si bien la quise entonces,  
Agora mas la queria.

„Mas por mí pueden decir:  
Quien bien ama, tarde ol-  
vidará la vida.“  
Estas palabras diciendo,  
Vido al buen rey que venia,

„Y hablando con el rey,  
De entre todos se salia,  
Dijole el buen rey al conde,  
Hablando con cortesia:

„Convidaros quiero, Conde,  
Por mañana en aquel dia  
Que querais comer conmigo  
Por tenerme compañía.“

„Que se haga de buen grado  
Lo que su Alteza decia;  
Beso sus manos reales  
Por la buena cortesia.

„Detenerme he aqui mañana,  
Aunque estaba de partida;  
Que la condesa me espera,  
Segun carta que me envia.“

Otro dia de mañana  
El rey de misa salia;  
Luego se asentó á comer,  
No por gana que tenia,

Sino por hablar al conde  
Lo que hablarle queria,  
Alli fueron bien servidos,  
Como á rey pertenecia.

Despues que hubieron comido,  
Toda la gente salida,  
Quedóse el rey con el conde  
En la tabla do comia.

Empezó el rey de hablar  
La embajada que traia:  
„Unas nuevas traigo, Conde,  
Que dellas no me placia,

„Por las cuales yo me quejo  
De vuestra descortesia:  
Prometestes á la Infanta  
Lo que ella no os pedia,

„De siempre ser su marido,  
Y á ella que le placia,  
Si á otras cosas pasaste,  
No entro en esa porfia.

„Otra cosa os digo, Conde,  
De que mas os pesaria;  
Que mateis á la condesa,  
Que así cumple á la honra mia.

„Echeis fama de que es muerta  
De cierto mal que tenia,  
Y tratarse ha el casamiento  
Como cosa no sabida,

„Porque no sea deshonrada  
Hija que tanto queria.“  
Oidas estas razones,  
El buen conde respondia:

„No puedo negar, el Rey,  
Lo que la Infanta decia,  
Sino que es muy gran verdad  
Todo cuanto me pedia.

„Por miedo de vos, el Rey,  
No casé con quien debia,  
Ni pensé que vuestra Alteza  
En ello consentiria.

„De casar con la Infanta,  
Yo, Señor, bien casaría;  
Mas matar á la condesa,  
Señor Rey, no lo haría,

„Porque no debe morir  
La que mal no merecía.  
„De morir tiene, buen Conde,  
Por salvar la honra mia,

„Pues no mirastes primero  
Lo que mirar se debía.  
Si no muere la condesa,  
Á vos costará la vida.

„Por la honra de los reyes  
Muchos sin culpa morían;  
Que muera pues la condesa,  
No es mucha maravilla.“

„Yo la mataré, buen rey,  
Mas no sea la culpa mia;  
Vos os avendreis con Dios  
En el fin de vuestra vida.

„Y prometo á vuestra Alteza  
Á fé de caballería  
Que me tengan por traidor,  
Si lo dicho no cumplía

„De matar á la condesa,  
Aunque mal no merecía.  
Buen Rey, si me dais licencia,  
Luego yo me partiría.“

„Vayais con Dios, el Buen Conde,  
Ordenad vuestra partida.“  
Llorando se parte el conde,  
Llorando sin alegría.

Lloraba también el conde  
Por tres hijos que tenía;  
El uno era de teta,  
Que la condesa lo cria;

Que no quería mamar  
De tres amas que tenía,  
Si no era de su madre,  
Porque bien la conocía.

Los otros eran pequeños,  
Poco sentido tenían.  
Antes que el conde llegase,  
Estas razones decía:

„¿Quién podrá mirar, Condesa,  
Vuestra cara de alegría,  
Que saldreis á recibirme  
Á la fin de vuestra vida?“

„Yo soy el triste culpado,  
Esta culpa toda es mia.“  
En diciendo estas palabras,  
Ya la condesa salía;

Que un page le había dicho  
Como el conde ya venía.  
Vido la condesa al conde  
La tristeza que tenía.

Vióle los ojos llorosos;  
Que hinchados los tenía  
De llorar por el camino,  
Mirando el bien que perdía.

Dijo la condesa al conde:  
„¿Bien vengais, bien de mi vida!  
¿Qué habeis, el Conde Alarcos?  
¿Porqué llorais, vida mia?“

„Que venis tan demudado,  
Que cierto no os conocía.  
No parece vuestra cara  
Ni el gesto que ser solía.“

„Dadme parte del enojo,  
Como dais de la alegría;  
Decídmelo luego, Conde,  
No mateis la vida mia.“